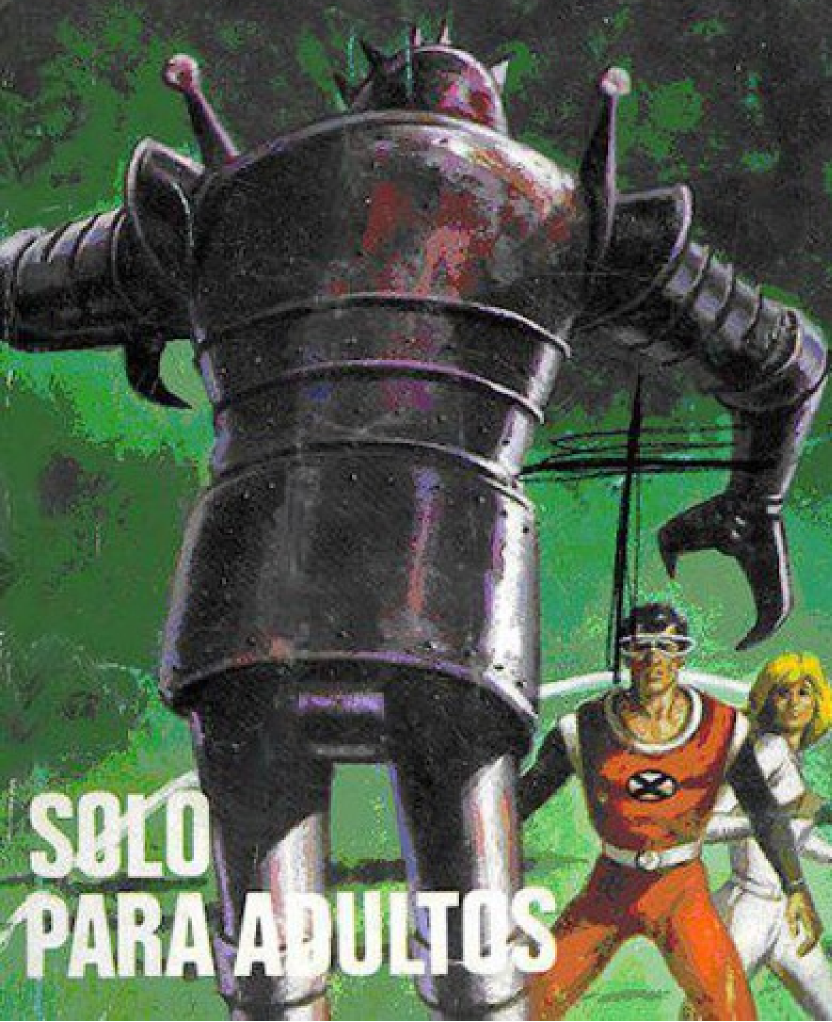
héroes del ESPACIO

NOVELAS ECSA

...Y ELLA LE AVISO

LEM RYAN



Datos del libro

Autor: Ryan, Lem
ISBN: 9788485626564
Generado con: QualityEbook v0.60

CAPÍTULO PRIMERO

UN ruido le hizo despertar, sobresaltado. Cogió con rapidez su rifle y se preparó para disparar sobre quien quiera que fuese.

En aquella oscuridad era dificil distinguir las cosas y el cristal del casco no ayudaba demasiado pero, pese a todo, pudo ver varias figuras que se apostaban tras unas cajas no muy lejanas a donde él estaba. Otro ruido le indicó que tras él había más.

De alguna manera, habían sabido que se ocultaba allí y aprovecharon su sueño para tenderle una emboscada. Un plan bien urdido pese a su simplicidad que, probablemente hubiese dado resultado si no fuera porque hacían demasiado ruido.

Sin embargo, parecía que todavía iban a lograr su objetivo pues, sin dar tiempo a que levantase su arma, varias pistolas láser le apuntaron.

Un sudor helado recorrió todo su cuerpo. Le apuntaban por delante y por detrás. Un movimiento hacia cualquier lado significaba la muerte… y quedarse quieto, también.

Sintió en su garganta el sabor amargo de la Muerte. Casi una docena de gatillos fueron apretados.

Casi una docena de armas fueron disparadas.

Casi una docena de rayos fueron directos hacia su objetivo, pero no fue el cuerpo de Dan Last lo que encontraron en su camino de destrucción.

Todos los rayos convergieron en un punto, pero en ese punto ya no estaba Dan Last.

Lo que parecía imposible se convirtió en realidad: Dan Last había desaparecido.

Tampoco Dan supo lo que ocurría hasta que se halló en la oscuridad, una oscuridad total, sin la existencia de ningún foco de

luz, por lejano que fuese.

La duda penetró en su mente con la potencia de una daga.

¿Qué había pasado?

Sí.

¿Qué era lo que había pasado?

De repente la oscuridad más densa le había rodeado.

¿Era aquello... la Muerte?

Ninguna respuesta aclaró la muda pregunta pero, por lo menos, no sentía dolor ninguno y aquello ya era algo. Jamás le gustó la idea de una muerte dolorosa.

La Muerte. Seguía sin hacerse a la idea.

En su mano notaba el contacto del fusil incinerante y también podía palpar su traje de vacío. ¿Para qué serviría todo aquello en el Más Allá? Evidentemente, para nada.

Una fracción de segundo después, todo cambió. Las tinieblas que le rodeaban se convirtieron en luz. Una luz que, por un momento, cegó al confundido terrestre, incluso con la protección del cristal polarizador de su casco.

La preocupación sobre su dudosa muerte quedó relegada a segundo plano. En ese momento sólo pensaba en lo que pudiera ocurrir después. Pronto lo supo, justo en el momento en que sus ojos se habituaron a la luz reinante.

Aquel lugar era ni más ni menos que una cueva.

Una cueva de paredes extrañamente lisas y pulimentadas, de tonalidades rojizas que al brillar parecían tener el color de la sangre.

Tuvo la extraña sensación de que «algo» o «alguien» le observaba. Alguien que se hallaba cerca, muy cerca de él y que podía causarle algún mal. Pero, era extraño, no sentía ningún miedo hacia la «cosa» que se ocultaba.

Pese a que no tenía miedo, su dedo índice seguía crispado en el gatillo del fusil incinerante. Los músculos estaban tensos, para actuar en el momento en que le atacasen.

Nada ocurrió.

Ningún zombi o cosa parecida le atacó en ese momento pero lo que ocurrió a continuación es posible que fuera aún más sorprendente que los zombis que ocupaban la nave *Starbird*.

Entonces fue cuando oyó la voz; una voz sin ningún timbre

especial. Pero lo más sorprendente era que ningún sonido atravesaba sus oídos sino que LA CAPTABA DIRECTAMENTE CON LA MENTE.

Se comunicaban con él por telepatía.

La voz fue acompañada por la imagen de una mujer de belleza extraordinaria, de rostro ovalado, con trazos suaves y armoniosos, y grandes ojos glaucos. Su cabello, rubio y muy largo, parecía flotar ante él, pero sólo era una imagen mental.

—No tengas miedo… No te voy a hacer nada… —Oyó decir a la «voz», ante su recelo—. ¡No!, no pongas en tensión tu mente… Por favor… has de escucharme. Has de saber el peligro que se cierne sobre todo el cosmos… El quiere entrar aquí… Hemos de impedírselo antes de que sea demasiado tarde, antes de que logre abrir la puerta hacia el Universo. Sólo desea vivir, pero su vida puede ocasionar muchas muertes, incluidas las de todos los dioses que existen y existirán. Ellos… Ellos pueden ayudarte. Sólo ellos pueden vencerle y, si logras el apoyo de uno, podremos derrotarle.

«Yo estoy rendida… — siguió «diciendo» la voz—. Le he presentado batalla pero no he conseguido nada. Espero que tú puedas más que yo o, de lo contrario, estamos perdidos…

»El… El es el culpable de todo lo que pasa en tu nave… Mi poder se debilita. Dentro de poco no podré comunicarme contigo… La LUZ, el gran poder de luz que posees le pude debilitar…

Poco a poco, la comunicación telepática se fue debilitando hasta desaparecer por completo.

—¡No! ¡Espera, no te vayas! ¡He de saber más! ¿Quién eres tú y… quién es él?

No halló ninguna respuesta salvo, quizá, su propia voz rebotando en las lisas paredes de la cueva. El mensaje mental no volvió a repetirse y Dan Last quedó con más dudas que al principio.

De alguna manera, se hallaba metido en una situación que, años antes, hubiera sido calificada de ciencia-ficción. Pero lo que le ocurría no era ficción. El estaba allí, dentro de una extraña cueva, y había sido informado telepáticamente por alguien sobre un posible desastre cósmico.

Pese a que tenía imaginación, jamás hubiese llegado a confundir las fronteras entre lo real y lo ficticio. Después de todo, «a veces la realidad supera a la ficción».

Al fin y al cabo, los viajes a la velocidad de la luz fueron considerados imposibles por Einstein y, durante muchos años, por muchos otros científicos. Sin embargo, ahora se habían superado esas velocidades. Una prueba era el propio *Starbird*.

Entonces... ¿por qué no podía ser verdad todo aquello?

El había recibido el mensaje, de eso estaba seguro, y ella, la extraña mujer que se comunicó con él, atribuyó el origen de los zombis a... ¿Él?

¿Quién demonios podía ser él?

Miró en derredor. Sólo podía elegir dos caminos: hacia adelante o hacia atrás. En ninguno de los dos casos estaba seguro de poder salir de allí. No poseía como referencia ningún punto de luz, lo que dificultaba aún más la situación.

Decidió confiar en la fortuna y, puestos a elegir, se dijo: «siempre hacia adelante». Sin dudar más, emprendió el camino.

Anduvo durante largo rato por el ancho camino de la cueva en la que apareció tan misteriosamente. Sonrió. Pasando a la ciencia-ficción aquello podía explicarse mediante el tan famoso fenómeno del teletransporte.

Resultaba extraño. El camino de la cueva era totalmente recto. No se bifurcaba en ningún sitio. Ni siquiera había curvas. Las paredes eran de una uniformidad total y el techo siempre estaba a la misma altura.

Por fin descubrió la salida. Ante él, el aire se enturbió debido a los gases del exterior.

La cueva, tras un rápido vistazo de Dan hacia arriba, estaba en la falda de una enorme montaña que, probablemente, superaba en altura al colosal Everest. A lo lejos, y dificultada su visión por la neblina gaseosa que lo envolvía todo con su manto de oscuridad, se divisaba la magna figura del *Starbird* que yacía, corno un gigante herido, tendido e inconsciente, sobre la arena: de aquel planeta inhóspito.

De repente, el suelo tembló bajo sus pies y perdió el equilibrio, dando con su cuerpo en tierra. Un intenso fragor hirió sus tímpanos pese a la protección del casco y, al mirar hacia el horizonte, vio un gigantesco volcán arrojando lava, humo y piedras ígneas por su cráter. Era tan enorme que, a pesar de su lejanía, los efectos de la erupción del volcán llegaban hasta allí aunque, lógicamente, tan

debilitados que no podían causar daño ni a él ni al Starbird.

Inició, pues, el lento peregrinaje hacia la nave, que yacía, inerte, en medio del desierto rojizo.

Media hora después, estaba a mitad de camino, pero se sentía muy cansado, aunque no había motivo para ello pues sus condiciones físicas eran excelentes. Era como si algo le estuviese robando, poco a poco, las fuerzas.

A cada paso que daba, se sentía más agotado. Supo entonces que él iba a ganar la guerra incluso antes de que empezara. Sus energías le abandonarían hasta que no pudiera moverse y moriría en el desierto, a menos que ocurriese un milagro.

Siguió caminando pero sus pies le parecían de plomo. Apenas podía tener abiertos los párpados. Necesitaba descansar pero sabía que, si se tumbaba, jamás podría volver a levantarse. Debía aguantar todo lo que pudiera aunque estaba convencido de que no tenía salvación.

Por fin, agotado como estaba, cayó. Intentó volver a levantarse pero le resultó imposible.

Se resistía ante la idea de morir pero, si así estaba escrito, prefirió que fuera sin dolor. Dejó de moverse y esperó la llegada de la Muerte. Rogó para que fuera rápida en su cometido. Cerró los ojos. Sabía que no tardaría y la ausencia de dolor le tranquilizaba.

No sentía dolor. Al contrario, experimentaba un extraño placer que le hacia olvidar todo sentimiento negativo. Por su mente desfilaron todos sus recuerdos: los felices... y los amargos. Incluso sintió el mismo dolor que antaño cuando recordó la muerte de sus padres... y la de Valery. Recordó con más intensidad y nitidez todo lo que le aconteció en los últimos días.

Era la Muerte. Ya no le cabía duda.

* * *

No supo jamás qué fue lo que le reanimó. Tal vez fuese la frialdad del suelo de metal o, quizás, inconscientemente, sabía que la Muerte no había logrado hacer presa en él. Lo cierto es que sintió que recuperaba sus energías y abrió los ojos. Vio el techo de metal lleno de luces y reconoció el lugar al instante.

Logró ponerse en pie sin demasiadas dificultades.

Su fusil incinerante estaba junto a él y lo cogió.

De nuevo se había producido el extraño fenómeno del

teletransporte. De nuevo aquella hermosa mujer le había salvado la vida. Deseaba volver a verla para agradecérselo pero sabía que era imposible aún. Quizás algún día...

Delante de él surgieron tres figuras. Levantó el rifle, presto para dispararles. Horas antes, quizá días, no lo sabía con exactitud, le habían atacado con clara intención de matarle gracias a sus nuevas condiciones de zombis. Pero esta vez era distinto. Los ojos que una vez le miraron con ausencia total de emociones hoy le observaban reflejando en ellos preocupación. Quizá fuera una argucia para pillarle desprevenido pero, de todas formas, la luz de vida que brillaba en aquellos ojos paró su dedo engarfiado en el gatillo.

Los tres hombres, ataviados con los reglamentarios trajes de vacío, se acercaron. Dan bajó el rifle pero no la guardia. Observaba con recelo cada movimiento del trío.

—¿Se encuentra bien, comandante? — preguntó uno de ellos.

—Sí, perfectamente —respondió él, seco.

—Nos había parecido que se estaba usted levantando hace un momento.

—Sí, alguien me golpeó y me dejó inconsciente —mintió Dan.

—Probablemente, el saboteador — comentó otro.

—¿Saboteador? —preguntó Dan, sin comprender.

De repente, recordó la alarma roja, la avería en el sector tres del motor principal, su lucha contra cuatro de sus hombres convertidos en monstruos sin vida...—. Oh, sí... Precisamente volvía del sector tres para poner a toda la tripulación en alerta cuando me atacaron. Era horrible.

—Lo sabemos, señor. Lo hemos visto. Una matanza sin sentido...

* * *

—¿Cómo es posible que exista alguien capaz de una cosa semejante? —preguntó su bella y joven prima Sandra Robertson, doctora en biología y medicina espacial—. Nueve muertos... No puedo creerlo.

—Así son las cosas, Sandra —fue el único comentario de Dan—. ¿Encontraste algo raro en los cadáveres? — Si no te parece raro que estén hechos polvo literalmente...

—Debí imaginar que no dejaría pistas —murmuró el comandante Last, en voz baja.

—¿Cómo dices? — preguntó Sandra, clavando sus bellos ojos

azules en él.

—Nada, hablaba solo —intentó evadirse Dan.

—¿Y qué te dices a ti mismo? —sonrió la doctora.

—Que todo lo que está pasando es muy raro —mintió—. Primero, lo que pasó con Valery: su muerte y todo lo que descubriste sobre su cadáver. Luego, el sabotaje de la nave, nuestra extraña y repentina llegada a este planeta del que aún no sabemos nada y, por fin… ella.

CAPÍTULO II

—¿ELLA? ¿Quién es ella? —preguntó Sandra, extrañada.

Dan se maldijo por haber hablado tanto. Estaba seguro de que si decía algo de lo que le había ocurrido, le tomarían por loco.

—Nadie en particular —mintió de nuevo—. Una imagen en mi mente. Un sueño que tuve anoche.

—¿Y qué pasó en ese sueño?

—Era un aviso sobre algo malo que iba a ocurrir en el Universo —respondió y, cambiando de conversación, continuó—: ¿Así que no hay nada que te haya llamado la atención?

—Ahora que lo dices, lo único que encontré fue que cuatro de los cadáveres, los de Lex Stangerson, Jonathan McDory, Clark Smith y Dina Barrell, no tenían puestos los cascos de vacío en una zona de la nave que se supone totalmente estanca y vacía de aire. La única explicación que veo a eso es que, por algún motivo, el saboteador —o saboteadores, claro está— les quitara los cascos.

—Sí, es posible. Pero recuerda, querida prima, que como dijo en cierta ocasión un filósofo de nuestro siglo: «sólo los muertos viven donde los vivos mueren». No lo olvides — concluyó Dan, con acento enigmático.

* * *

GRABACION. DIARIO DE A BORDO, STARBIRD HORA 53 DESDE EL DESPEGUE

Están ocurriendo demasiadas cosas raras en el Starbird para estar tranquilos, Empezando desde la muerte de mi prometida en base Florida, punto de despegue de la nave, victima de un extraño mal aún no identificado cuando partimos de la Tierra, y la extraña reacción del cadáver, que se resistía a comenzar algo tan natural como es la putrefacción, hasta todos los sucesos que han acontecido desde nuestro

despegue.

Primero fue el sabotaje a la nave y la pérdida de velocidad debido a los destrozos ocasionados en el sector tres del motor principal, centro energético de dicho moto., El copiloto, dos técnicos y yo, comandante y primer piloto de la nave, fuimos a esa zona, Allí nos encontramos con la cosa más extraña que vimos en nuestra vida.

Tres hombres de la propia tripulación actuaban como auténticos robots con figura humana, Al principio pensé si no serían eso: robots, Pero no, Después de haber matado ellos a los tres hombres que me acompañaban y ver las mortales heridas que los asesinos recibieron en sus cuerpos, supe la respuesta. No eran robots pues un robot no tiene carne y huesos. Eran hombres. Pero un hombre no continúa moviéndose con una herida de láser en su pecho. Un hombre no muestra indiferencia al perder una mano o al abrasársele la cara con una descarga eléctrica,

A pesar de todo, logré acabar con ellos mediante la astucia y la potencia energética del sector tres. Pero más tarde me di cuenta de que TODOS, ABSOLUTAMENTE TODOS los tripulantes, excepto yo, estaban en ese estado y tuve que ocultarme en el almacén de reparaciones, Sin embargo, me encontraron y estuve a punto de morir, pero...

* * *

Los computadores dejaron de funcionar y emitieron su informe en una pantalla. Dan Last, comandante del *Starbird* y los distintos jefes de sección que estaban en el centro de control miraron con curiosidad los resultados de los múltiples análisis efectuados al planeta en que se hallaban.

PLANETA EN ÚLTIMA FASE DE ENVEJECIMIENTO. PLAZO HASTA ESTADO CRÍTICO: VEINTE AÑOS.

ATMOSFERA CONTAMINADA. RADIOACTIVIDAD DIEZ VECES SUPERIOR AL LIMITE PARA ORGANISMO HUMANO.

RESTOS ORGANICOS. EDIFICACIONES HALLADAS CERTIFICAN EXISTENCIA EN EL PASADO DE CRIATURAS INTELIGENTES.

IMPOSIBLE AVERIGUAR VOLUMEN PLANETARIO SIN MAS DATOS PERO UN PRIMER ANALISIS DA COMO RESULTADO UN VOLUMEN SEIS VECES MAYOR AL DEL PLANETA TIERRA.

* * *

Al día siguiente empezaron los trabajos de reparación en el *Starbird* y varios expertos comenzaron la búsqueda del «supuesto»

saboteador sin sospechar la verdad. Sólo cuatro hombres no colaboraban con los demás: el comandante en jefe del Starbird, Dan Last, el cosmobiólogo Ray Hamilton, el geólogo espacial Ben Ryan y el ayudante de este último, que conducía el jeep en que viajaban, atravesando el desierto por el que una vez pasó, solitario, el comandante Last.

El jeep, con ruedas de oruga, avanzaba con gran rapidez por el suelo polvoriento del desierto mientras los hombres que había en su interior, con trajes de vacío, intercambiaban sus impresiones —por radio, naturalmente— sobre todo lo que veían y el conductor permanecía silencioso, mirando al frente y maniobrando el vehículo.

Dan dejó de hablar con los dos científicos que le acompañaban y miró hacia la descomunal cordillera que se perdía en el horizonte. Estuvo buscando afanosamente con la mirada algo familiar para él en aquellas montañas. De pronto, creyó distinguirlo en la lejanía e, inclinándose hacia el conductor, dijo, señalando con el dedo:

—Ve hacia la derecha.

El conductor obedeció al instante y dando un giro al volante, se dirigió recto hacia una lejana montaña que, a pesar de la distancia, se adivinaba enorme. Los dos científicos que iban con él le miraron y Ray Hamilton, el cosmobiólogo que sustituía en el *Starbird* a Valery Stanford, la fallecida prometida del comandante, le preguntó:

—¿A qué se debe este súbito cambio de dirección?

—He creído ver algo en la falda de esa montaña —contestó Dan.

El doctor Hamilton dirigió su mirada al frente, forzando la vista, intentando taladrar las tinieblas. Luego, volvió a mirar al joven comandante y preguntó:

—¿Qué era?

—Era un punto de la montaña que brillaba. Tal vez haya sido una ilusión óptica pero, de todas formas, quiero asegurarme.

—Puede ser interesante pero también podría realizar ese trabajo el computador del doctor Ryan —exclamó el joven Hamilton.

—Si la luz fuera producida por un mineral sí podríamos usar mi computador, pero si la produjese un ser vivo…

—¿Ser vivo? Los bioanálisis han demostrado que en este planeta no existe vida pluricelular.

—Eso no excluye la posibilidad de que quede algún superviviente de la catástrofe que asoló este planeta —replicó Ryan.

—Mi biodetector le hubiese localizado.

—Las ondas de ese aparato sólo viajan por la superficie, no bajo tierra — argumentó el comandante, en defensa del recuerdo de aquella hermosa mujer que se comunicó mentalmente con él.

—¿Quiere usted decir que podrían estar ocultos bajo tierra? —preguntó el geólogo.

—Es una posibilidad. Si el desastre fue una guerra atómica, como todo hace suponer, podrían existir refugios antiatómicos.

—Una guerra atómica puede envejecer un mundo con gran rapidez —pareció meditar el joven cosmobiólogo—. Sí, es posible que haya supervivientes, pero no probable.

* * *

—Es increíble. Jamás vi una cosa igual —comentó asombrado Ben Ryan al ver el singular fenómeno que era que aquellas paredes lisas despidiesen luz.

—Dígame, comandante —preguntó Ray Hamilton—. ¿Por qué tenemos que llevar las armas?

—Seguridad —respondió Dan—. Di la orden de que en ningún momento se separase nadie de sus armas. De ese modo me siento tranquilo.

Ben Ryan se detuvo y contempló durante largo rato el techo de la cueva. Luego cogió un cuchillo de gruesa hoja y sacó de la pared un trozo de mineral que brilló en su mano. Seguidamente, lo metió en una especie de bolsa que llevaba colgada de un hombro.

—Señores —dijo Dan— voy a seguir investigando por delante. Quizás halle algo interesante. ¿Me acompaña alguno de ustedes?

—Le ruego acepte mis disculpas. Tengo que coger más muestras de este mineral —se excusó el geólogo.

—Iré más tarde con usted. Ahora voy al jeep a por mi equipo. A ver si, por lo menos, hay microorganismos celulares —se disculpó también Hamilton.

Así pues, el comandante Last tuvo que adentrarse solo en el interior de la cueva. Caminó durante un buen rato pero no encontró nada interesante (dentro de lo interesante que podía resultar aquella extraordinaria cueva, claro está).

De repente, advirtió que delante suyo había gas. Un gas oscuro

que hacía que la luz se curvase en su interior. Pero aquel gas, contradiciendo las leyes físicas, no se expandía, sino que se compactaba, densificándose por momentos, tomando forma.

Como en un mundo irreal, fue haciéndose cada vez más clara la figura que estaba ante él. Era ella. Sí, no le cabía la menor duda. Era la hermosa mujer que apareció en su mente el día que estuvo por vez primera en aquella cueva.

Le miraba fijamente y Dan veía en aquellos ojos glaucos bondad y poder.

Era muy hermosa. Su cuerpo desnudo, escultural, atrajo su mirada como si se tratase de un irresistible imán. Todo en ella era bello y armonioso, sin exageraciones, desde sus juveniles pechos hasta las curvas de sus caderas. Sin embargo, Dan permaneció quieto, expectante.

—Bien venido de nuevo aquí, amigo mío —saludó ella, con su voz inconfundible.

—¿Quién eres tú? —preguntó Dan, con el ceño fruncido y la diestra cerca del lugar donde colgaba su pistola.

—¿Yo? Deberías saberlo puesto que tú me conoces mejor que nadie, pero si lo que quieres es un nombre por el que llamarme en lugar de decir que soy «ella», te daré uno: Word.

—¿Word? Es un nombre extraño.

—Si a ti te lo parece, de acuerdo. Es un extraño nombre, pero así me llamo —dijo la mujer de los cabellos de oro, que caían brillantes sobre sus hombros.

—Antes de nada, Word, dime… ¿quién es él?

—Bástete saber que es tu enemigo y contra él debes luchar —se nubló de repente su rostro—. Pero no estoy aquí para responder a tus preguntas. Lo sabrás todo a su debido tiempo. Sólo vine a decirte que el momento de la batalla final se acerca y debes vencer cada una de las pruebas. Sólo así habrá una esperanza.

»Pero es hora de irme ya. Te resultará fácil enfrentarte al peligro que ahora te acecha. Y no te preocupes. Estaré siempre a tu lado y te ayudaré en lo que pueda.

La figura de la bella mujer que se hacía llamar Word se desvaneció, convirtiéndose de nuevo en gas, un gas que pronto se hizo invisible. Dan sabía que era inútil pedir que volviese, así que la dejó ir.

Mientras observaba cómo se disolvía el gas, oyó a través de los auriculares de recepción de su casco un mensaje angustioso:

—¡Socorro, comandante Last! Ayúdenos, por Dios… Nos ataca…

Corriendo todo lo de prisa que le permitían sus piernas, cubrió en breves momentos la distancia que le separaba de los dos científicos que fueron con él a la cueva.

Un hombre, con pasos torpes y mirada desprovista de animación, se dirigía hacia Ryan y Hamilton, como un autómata. Dan le reconoció. Era el tripulante que había conducido el jeep en que vinieron hasta la cueva donde se hallaban.

El pecho de aquel hombre estaba totalmente carbonizado, sin duda por los disparos efectuados por los dos científicos. Sin embargo, continuaba caminando hacia ellos, como los hombres que le atacaron en el *Starbird*. En su diestra llevaba una pistola láser, pero no la usaba.

Nada más llegar, el rostro del zombi se volvió hacia él y fue entonces cuando su mano se alzó, apuntándole con el arma.

No esperó. Se tiró al suelo mientras un rayo de luz mortífera cortaba el aire por encima suyo y, en el mismo movimiento, disparó.

Ray Hamilton vio el agujero cilíndrico con bordes carbonizados que había aparecido de repente en la frente del hombre que les habla atacado segundos antes, producido por el destello de luz que, al mismo tiempo, también le destrozó el casco y contempló, atónito, cómo se desplomaba sin soltar ni un gemido.

Su mirada estuvo dirigida después hacia el comandante Last, que ya se estaba levantando.

—¿Cómo es posible? —gimió.

—¿Qué? —preguntó Dan.

—Ese hombre… se había vuelto de repente casi invulnerable. Ninguno de nuestros disparos pareció preocuparle demasiado. Era como si no sintiese el dolor de las quemaduras del láser. Como…

—Como… un zombi, ¿no es cierto?

* * *

—¿Zombi, dijo usted, comandante? —preguntó Ray Hamilton, una vez se hallaron de nuevo en el Centro de Control del *Starbird*, mirándole como quien acaba de descubrir un nuevo y extraño tipo de virus a través de un microscopio.

—¿Le daría usted otro nombre? —preguntó a su vez Dan.

—Hombre, no sé... Considero que es algo imposible para un hombre sobrevivir al impacto de un láser. Pero que hayamos visto algo semejante no quiere decir que nos hayamos tropezado con un muerto-vivo —contestó el cosmobiólogo.

—Yo no hablo de esos zombis que nos presentan las viejas novelas y comics de terror. Esos seres son fruto de la mente de unos novelistas con demasiada imaginación en sus calenturientas cabezas. Lo único cierto es que, en buena lógica ese hombre no podía resistir las quemaduras del láser, pero lo soportó. Ustedes vieron con la misma claridad que yo que su pecho estaba horriblemente abrasado. Ningún hombre vivo puede sobrevivir con una herida semejante. Le llamé zombi por ponerle algún nombre.

—Y... ¿qué pudo ser lo que convirtió a Donald en un... zombi o lo que eso fuera? —preguntó Ryan, el geólogo.

—¿Ha oído usted hablar de las leyendas de zombis en las islas del Caribe?

—Sí, por supuesto. Pero... no sé qué tienen que ver esas leyendas con... — vaciló el científico.

—Puede que mucho —respondió Dan—. Según esas leyendas, era un hechicero Houngan el que devolvía la vida a los muertos.

—Aquí no estamos en el Caribe para que haya un Houngan que dé vida a nuestros muertos. Estamos en el espacio, en un punto entre millones de estrellas que ni siquiera conocemos —aclaró Ray.

—Pero según los informes de las computadoras, podría resultar posible la existencia de supervivientes en este planeta.

—De eso no se puede discutir porque es verdad.

—Entonces es posible que los supuestos supervivientes de la catástrofe que estuvo a punto de aniquilar este planeta practiquen la magia.

—¿Magia? ¡Vamos, comandante! La ciencia ha desterrado esas absurdas creencias y supersticiones acerca de las antaño llamadas artes ocultas.

—Me quedan aún dudas sobre si de verdad las ha desterrado o simplemente las ha negado. En todo caso, no hablábamos de esto. Es posible que así haya ocurrido en la Tierra, pero... ¿quién nos dice que aquí pasó lo mismo? Es evidente que nadie puede decírnoslo.

—Ciertamente es la mejor respuesta que podríamos encontrar,

por ahora, para nuestras preguntas acerca del asunto —dijo el doctor Ryan—. En todo caso, daremos todos los datos a las computadoras para que éstas nos lo aclaren lo mejor posible. Sin embargo, tengo una pregunta para usted, comandante.

—Dígame cuál es y satisfaré su curiosidad... si sé la respuesta, claro está.

—Usted acabó con él, con el... zombi... de un solo disparo. Es evidente que usted conocía el modo de conseguir lo que nosotros no logramos en muchas ocasiones.

—Usted quiere saber cómo podía saber yo cuál era su punto débil, ¿no es cierto?

—Así es —contestó Ryan.

—Es una pregunta fácil de contestar. Para saber como matarle debía tener algún conocimiento sobre ello y el mejor modo de adquirir conocimientos es practicando, así que me puse a cazar zombis en mis ratos libres —respondió Dan, muy serio.

* * *

—¿Qué te turba, comandante?

Dan Last pegó un respingo en su sillón y volvió la cabeza. No podía haber nadie con él en su camarote. Estaba solo y nadie podía entrar por la puerta cerrada. Sin embargo, la voz de mujer había sido clara, perfectamente audible.

La luz de la lámpara, oculta en el techo de la estancia por un cristal rectangular, reveló la desnuda figura de Word, la misteriosa y bella mujer que viera en dos ocasiones anteriormente. La espléndida, sonriente y enigmática Word estaba en su camarote, no muy lejos del sillón donde él estaba sentado, mirándole fijamente.

—Tú sobre todo — respondió Dan.

—¿Yo te turbo? — se sorprendió la joven mientras se arrodillaba ante él.

—Si, todo el misterio que envuelve tu bonita figura y lo que esconde esa preciosa cabecita. Pero, además... — tragó saliva—. ¿Por qué no te pones algo de ropa?

Se sorprendió él mismo al hacer aquella pregunta.

Allí estaba él, junto a una mujer misteriosa que demostró poseer poderes más allá de lo explicable y saber cosas aún más sorprendentes, que predijo un inminente desastre en el Universo y que le eligió a él como paladín para enfrentarse a una fuerza capaz

de destruir mundos y de convertir a los hombres en asesinos sin vida, y sólo se le ocurría pedirle que se pusiese algo de ropa. Evidentemente, estaba loco de remate.

—Es eso pues. Claro, eres humano y, por tanto, estás ligado a tus instintos —dijo ella mientras se levantaba y miraba con dulzura a Dan—. Tómame, si me deseas. A mi no me importa hacer el amor contigo, si lo necesitas.

—No, en estos momentos no estoy de humor para algo así.

—Todavía recuerdas a Valery, ¿verdad? —preguntó Word, con tristeza en sus ojos.

Dan abrió tanto la boca por la sorpresa que creyó que iba a tocar el suelo con la mandíbula.

—Tú... Tú sabes ... ¿Cómo? —logró balbucear.

—Pocas cosas de tu vida pueden escapar de mí, pero... no me preguntes cómo las sé —respondió ella, sonriendo tristemente.

—¿Acaso lees en mi mente? —preguntó el joven comandante, recordando que ella era telépata.

—Hay algo más. Algo más tenebroso que tú por ahora no debes saber. No hasta que le venzamos. Después, si lo logramos, quién sabe...

—Bueno, por lo menos hay algo que no sabes: si saldremos vivos de esto.

—El futuro me está vedado por completo, como a vosotros, los mortales.

—Así que también eres inmortal — comentó Dan, cruzando los brazos.

—Sí, pero si vencemos, moriré —dijo ella, con tristeza.

—¿Morirás? —preguntó Dan, preocupado por el comentario de la misteriosa joven — ¿Por qué?

—Es demasiado complicado para que lo entiendas.

Sólo debes saber que él y yo estamos unidos por lazos que no se pueden romper. Pero, si algún día él muriese, yo también moriría. Él es pura energía viviente, un ente más allá de la comprensión humana, y yo... no soy más que una de sus criaturas.

* * *

Los trabajos de reparación llevados a cabo en el *Starbird* estaban siendo realizados con gran rapidez. Hombres y mujeres colaboraban en la difícil labor. Cientos de cables eran soldados pacientemente.

Dan Last y Sandra Robertson contemplaban los trabajos de reparación desde el centro de control, a través de las múltiples cámaras interiores de la nave. Dan aprovechó la ocasión para arreglar los destrozos del centro. Sandra se volvió hacia él y le soltó, de sopetón:

—Dan, eres un fresco.

El comandante se volvió, sorprendido por el comentario de Sandra.

—¿Por qué? —preguntó.

—Me prometiste que iríamos a ver la cueva que descubristeis el otro día y te has olvidado — contesto la joven, con un mohín de disgusto.

—¡Cielos, es verdad! —exclamó Dan golpeándose la frente con la palma de la mano.

—No hace falta que lo jures —repuso Sandra, irónica, con cara de enfado y los brazos cruzados bajo los agresivos senos.

—Si quieres, podemos ir ahora.

—¡Vamos! —gritó Sandra, cogiéndole del brazo y arrastrándole hacia la puerta—. ¡Te cojo la palabra!

Diez minutos después estaba en un jeep conducido por el propio comandante Last, que dominaba el volante con seguridad, mientras atravesaban el desierto.

Durante todo el camino estuvieron hablando sobre lo que encontraron en la cueva pero, de vez en cuando, sus pensamientos se dedicaban tan sólo a una hermosa mujer de cabellos dorados. En su imaginación la veía muerta a sus pies y él maldecía al Universo entero, pero sabía que intentaría salvar ese mismo Universo aunque su corazón volviera a destrozarse.

Dejó de pensar en Word y centró toda su atención en buscar la cueva. La luz que le sirvió de guía la vez anterior parecía haberse desvanecido pues, por mucho que la buscaba, no la encontró.

Distinguió la montaña en la que debía estar esa cueva por su forma, pero continuó sin ver luz ninguna. Se acercó con el jeep a la falda de la montaña y fue entonces cuando vio la entrada de la cueva.

Bajó del jeep y cogió su linterna. Al apretar el interruptor un haz de luz iluminó la entrada. Mientras, Sandra abandonó el jeep y se colocó junto a él.

—Yo creía que aquí había luz.

—Sí. De las paredes brotaba luz, probablemente por la existencia de algún mineral no conocido, pero ahora...

—¿No te habrás equivocado de cueva?

—No, es ésta. Estoy seguro.

Con la linterna rasgando la oscuridad, Dan penetró en la cueva. En su mano siniestra tenía la pistola láser preparada para disparar. Sentía la existencia de un peligro dentro de la cueva y quería enfrentarse a él.

—Quédate fuera, Sandra, —ordenó.

Siguió caminando hasta desaparecer de la vista de su prima. Notaba el peligro como algo tangible que atravesaba sus huesos. En nada se parecía aquella sensación a la que experimentó cuando le atacaron los zombis. Era más fuerte, mucho más. Pero no sintió ningún miedo. Sabía que a su lado, cerca de él, estaría Word.

La linterna no revelaba ningún peligro pero aquella sensación no le abandonaba. Sin embargo, el enemigo continuaba invisible. No parecía dispuesto a enfrentarse con él.

Ese enemigo, pensó Dan, ¿tendría forma o sería algo contra lo que su láser no pudiese nada? Era evidente que aún no se enfrentaría con él, por lo tanto sería otra de sus creaciones.

De repente se preguntó si sus sentidos no le estarían jugando una mala pasada. El peligro seguía sin aparecer.

—¡No, no dudes! —oyó retumbar los pensamientos de Word en su mente—. Sería tu fin... El peligro está ahí, agazapado en las sombras, presto para saltar sobre ti y aniquilarte. Debes estar preparado para cuando eso ocurra y no dejarte vencer. Perder, en tu caso, es morir y no puedes dejar que eso suceda... Lo tienes delante. Te espera. Dentro de poco saldrá de su escondrijo con la intención de acabar contigo.

—¡Venga! —gritó Dan—. Hombre, monstruo o lo que seas, ¡sal de donde estás! ¡Te aguardo en pie! No tuvo que repetirlo. Salió.

CAPÍTULO III

LA luz de su linterna reveló la presencia del ser que le acechaba. En el mismo momento en que el haz de luz caía sobre su enemigo, docenas de sierpes se enredaron en tomo a él, haciéndole perder la linterna.

Sin embargo, Dan tuvo tiempo de ver durante un fugaz instante a su monstruoso adversario y el vello de su nuca se erizó por el horror. Las sierpes que se le enredaban parecían ramas vegetales, terminadas en unas ventosas que despedían un líquido negruzco.

Sintió cómo aquellos tentáculos vegetales apretaban cada vez más. Uno de ellos se enroscó en su zurda, obligándole a soltar el arma.

Sin poder ver en aquella oscuridad y habiéndosele caído la pistola láser sabía que estaba perdido, sin esperanzas de salvación.

Los tentáculos continuaban apretando, en un claro intento de convertirle en pulpa. Las ventosas se pegaron a su traje de vacío y sintió dolor en los sitios donde se habían adherido. Sin duda, el líquido negruzco que goteaba de ellas era algún tipo de ácido.

De repente, ocurrió el milagro que le salvó la vida.

En su mente apareció una imagen que borró por completo todas las demás sensaciones. Parecía una imagen salida de una cámara de televisión con objetivo de infrarrojos. En ella vio claramente a su enemigo como una espantosa planta carnívora salida de una pesadilla, que extendía hacia él unos repulsivos tentáculos que le aprisionaban y que nacían en una extraordinariamente abierta corola de la que también manaba el mismo líquido pastoso de color oscuro que estaba quemando su traje.

Sin duda, la monstruosa planta carnívora tenía hambre y pensaba que Dan podía ser un excelente bocado que llevarse a la

corola. Dan sabía qué clase de destino le esperaba. Primero los tentáculos vegetales le conducirían hasta la corola. Una vez allí, los enzimas digestivos, que seguramente serían aquella baba negruzca, le transformarían en una masa sanguinolenta fácil de digerir que pasaría al viscoso estómago de la planta.

A Dan no le entusiasmaba demasiado la idea de convertirse en desayuno de un vegetal por lo que decidió pasar a la acción. Se dejó caer, arrastrando consigo los múltiples brazos de la planta.

Con fuerzas sacadas de la desesperación, logró zafarse de uno de los tentáculos que le aprisionaban y, gracias a la visión mental que estaba claro se la había dado Word, agarró su arma, perdida momentos antes.

La asió con fuerza y apuntó. En su percepción mental vio el arma encañonando directamente a la corola de la horripilante planta carnívora.

Apretó fuertemente el gatillo y el poder destructor del láser carbonizó por completo la babeante «boca» del vegetal. Los tentáculos vegetales que le agarraban perdieron fuerza y resbalaron por su cuerpo hasta llegar al suelo mientras el monstruo moría en silencio.

Se levantó y buscó su linterna. Cuando la halló, enfocó el rayo de luz hacia la forma de la planta, ya muerta. Luego, se enfocó a sí mismo, viendo algunas zonas oscuras en su traje, producidas por el ácido.

—De nuevo has vencido a las fuerzas controladas por él —captó la voz mental de Word—. Pero... no te confíes. Puede que, incluso en estos mismos momentos, se esté preparando una nueva amenaza contra ti.

—Estaré preparado —contestó mentalmente, mientras se dirigía hacia la salida de la cueva, donde le aguardaba su prima Sandra, ignorante de todo cuanto ocurría.

Allí estaba ella, pálida y demudada. Sus ojos se iluminaron al ver a Dan.

—¡Oh, Dan! —exclamó la joven, abrazándole—, ¡Pensé que te había ocurrido lo peor!

—No temas. No ha pasado nada —la tranquilizó Dan.

Sandra no hizo ningún comentario. Sabía que allí dentro había pasado algo y que Dan, por alguna causa, ya no era el mismo

hombre que vivía feliz en la Tierra. Desde la muerte de Valery había cambiado pero, al parecer, no quería hablar del asunto.

* * *

—¿Quién es él? — preguntó Dan. Word se volvió para mirarle.

—Me temo que todavía sea muy pronto para saberlo, comandante Last —respondió.

—No me llames «comandante Last». Dan, sólo Dan...

—De acuerdo, Dan.

—¿Entonces sigues pensando que no estoy preparado para saberlo?

—No es que no estés preparado... —protestó Word.

—¿Entonces...?

—Tu mente aún no comprendería ciertas cosas.

—¿Cuándo estaré preparado? — se resignó Dan.

—Espero que pronto. Pero no te preocupes. Cuando sea el momento, te lo diré —le sonrió dulcemente.

—Y hasta entonces tengo que seguir siendo tu campeón y luchar contra los monstruos que me manden, ¿verdad?

—Si.

—¿Y si me matan?

El rostro de Word se nubló.

—Si realmente eres mi campeón, no morirás, no temas.

—¿Cómo puedo estar seguro de ello?

—Acepta mi palabra.

Dan se acercó a ella y la cogió dulcemente por los hombros desnudos mientras miraba sus glaucos ojos. —Word...

—¿Sí, Dan? —preguntó ella.

—¿Quién eres tú realmente?

—Tú... lo sabes, aunque no recuerdas.

—Con eso no me aclaras nada. ¿No lo comprendes?

Cuando dos personas van en un barco que se hunde no puede haber secretos entre ellos porque pueden morir sin haberse desahogado contándolos.

—Dime, Dan... —dijo Word mientras le daba la espalda—. ¿Es amor lo que aún sientes por mí?

—¿Aún...? —preguntó, sorprendido—. Hablas en enigmas. ¿No puedes ser más clara?

—No te preocupes. Lo sabrás todo a su debido tiempo.

Y, sin dar tiempo a que Dan pudiese detenerla, se desvaneció en el aire. Dan se encontró solo en su alojamiento del *Starbird*.

¿Quién era en realidad Word?

Por más que lo intentaba, no daba con la respuesta.

Ella hablaba como si se conociesen desde mucho tiempo atrás... ¿Era amor lo que sentía por Word? No lo sabía.

Una parte de su corazón le decía que si, pero la otra se rebelaba ante el recuerdo de Valery.

* * *

Dormía apaciblemente cuando, de súbito, una vibración de extraordinaria potencia le arrancó de su tranquilo sueño.

Se vio, sin saber por qué, en el suelo y la nave, con sus tumbos, le hacía rodar por tierra como un muñeco de trapo arrastrado por las olas del mar. Sólo que él no era un muñeco de trapo ni allí había mar.

Con dificultad, se colocó en pie y caminó, a medio vestir, hasta la puerta de su alojamiento, saliendo después al pasillo con el que comunicaba. Para entonces, ya la nave había dejado de vibrar y pudo andar sin dificultad.

Cogió el ascensor y se dirigió hacia la planta superior. Cuando llegó, unos segundos más tarde, llamó en una puerta. Tardó casi cinco minutos en oír unos pasos acercándose desde el otro lado.

Cuando se abrió la puerta, vio tras ella a su prima Sandra Robertson, que ofrecía un aspecto desolador. En su bonita cara destacaba una hinchazón en el pómulo derecho y un hilo de sangre resbalaba de su nariz.

—¿Qué te ha pasado? — preguntó Dan, preocupado.

—¡Oh, Dios mío! El temblor... — gimió ella—. Me levanté cuando empezó y no tardé demasiado en caer, golpeándome en la cara con la cama... ¿A qué pudo ser debido?

—No lo sé. Pero quizá las computadoras del centro de control...

Y sin esperar más salió corriendo en dirección hacia el centro de control, seguido por su prima.

—Espérame, Dan... —suplicó ella, jadeante.

Dan se paró y la cogió de la mano, volviendo a reanudar su carrera.

Cogieron un ascensor que les llevó hasta la planta en que estaba la sala. Una vez allí pudieron ver que ya estaba reparada de los

desperfectos que tenía por su anterior batalla contra los zombis. Sandra se sorprendió pero Dan, debido a que había sido él quien se pasó la tarde anterior arreglándola, rápido, empezó lo que fue a hacer allí.

Empezó a pulsar botones en uno de los computadores, formulando una pregunta, y al instante apareció la respuesta en forma de letras luminosas en una pantalla.

TERREMOTO DE POTENCIA NUEVE EN LA SUPERFICIE PLANETARIA, AUNQUE EL HIPOCENTRO, SITUADO A 150 KM EN EL INTERIOR, ERA DE POTENCIA DOCE

Potencia nueve...

Eso quería decir que lo único que les había salvado la vida era la aleación del *Starbird*, y si el hipocentro tenía potencia doce, en caso de haberse hallado éste más cerca, las sacudidas les habrían matado con toda seguridad.

Dos hombres entraron en la sala a toda prisa. Uno de ellos era el biólogo Ray Hamilton, con el que sostuvo días antes una interesante conversación sobre los zombis.

—Comandante, no podemos seguir aquí más tiempo — alegó Hamilton.

—¿Por qué motivo? — preguntó Dan, comandante en jefe del *Starbird*, algo seco.

—Este planeta puede estallar de un momento a otro.

Es seguro que el proceso del estallido final se acelera por causas ignoradas por nosotros y, la verdad, no debe ser demasiado saludable estar en el centro de la explosión. Por ello y por el bien de la tripulación que ante todo, debe proteger, le pido que abandonemos este planeta.

Dan no contestó inmediatamente. Pensaba si podía dejar que el Universo pereciese por salvar a sus hombres de un supuesto peligro. Pero, sobre todo, pensaba en Word, en la mujer sobre la que no sabía qué das de sentimientos le mantenían unido a ella.

—De acuerdo —contestó al fin—. El *Starbird* iniciará de nuevo su viaje pero esta vez rumbo a la Tierra

—¿A la Tierra...? Podríamos seguir nuestra misión —protestó el hombre que acompañaba a Hamilton.

—Han oído perfectamente mi orden y no la repetiré —cortó Dan, seco—. Pero ésa no es la única sorpresa puesto que yo no iré

con ustedes.

—¿Qué quiere decir? — preguntó el cosmobiólogo.

—Exactamente lo que han oído: no regresaré a la Tierra. Me quedaré aquí.

—¿Estás loco, Dan? —preguntó Sandra—. ¿Cómo ha podido pasar por tu mente la idea de quedarte aquí

—No es por mí que lo hago, sino por todos vosotros.

—¿Y crees que nos harías algún bien si te quedas aquí? —volvió a preguntar la prima de Dan, enfadada.

—No lo comprendes.

—Claro que no lo comprendo —se alteró ella—. No comprendo esa estúpida obsesión que te entró en ese momento por quedarte aquí. Jamás volverías a vernos No sobrevivirías mucho tiempo...

—No me convencerás de que haga lo contrario — cortó él, decidido.

La máscara de enfado de Sandra se derrumbó y comenzó a llorar patéticamente, gimiendo:

—Por favor... Será tu fin.

Dan se levantó y, conteniendo sus deseos de abrazarla y pedirle perdón, de prometerle que no se quedaría en el planeta, se dirigió hacia la salida del camarote de Sandra.

Minutos después se dejaba caer en un sillón, hundiendo la cara entre sus manos.

—Dan... — oyó a sus espaldas. Se giró y vio la desnuda figura de Word.

—¿Tú, otra vez? —preguntó, malhumorado.

—Sé como te sientes... — dijo ella, apenada.

—¿De veras? —se levantó del sillón y le dirigió una fulminante mirada—. ¡Entonces también sabrás que has sido tú y todo el piojoso Universo los que me habéis obligado a hacer llorar al ser que más quiero en esta miserable vida!

—Cálmate —pidió Word—. Has hecho lo que debías. El momento final se acerca cada vez más y es mejor que no haya víctimas inocentes.

—Sí, será mejor que me calme —resopló Dan.

—Yo misma me ocuparé de poner la ruta correcta en el computador de rumbo para que regresen sin incidentes —sonrió.

—Él... ¿les dejará marchar?

—Sí. Sólo tú le interesas. No dejaría marchar el *Starbird* si te fueses tú con ellos.

—A propósito de eso… ¿Por qué le intereso yo?

—Cuando llegue el momento, lo sabrás —fue de nuevo su enigmática respuesta.

* * *

A pesar de que la enorme masa del *Starbird* estaba horizontal, podía despegar perfectamente y, por esa razón, se dispusieron a partir el mismo día en que las averías de la nave fueron reparadas.

Todos los tripulantes se sentían felices por saber que iban a regresar a su amada Tierra.

Sólo una persona no volvería. Una persona que, en aquellos momentos, abandonaba la nave que comandaba, en compañía de tres hombres que salieron a despedirle en nombre de la tripulación.

Del interior de la nave salió un jeep todo-terreno con pila autónoma para diez años, con el máximo de provisiones.

El cosmobiólogo Ray Hamilton, que había sido nombrado sustituto del comandante, le dijo:

—Hemos decidido entre toda la tripulación bautizar este planeta moribundo con el nombre de Last en su honor.

—Muchas gracias, doctor Hamilton.

Miró a ambos lados. Sandra no estaba allí.

—Por favor, Hamilton… —llamó.

—Dígame, comandante.

—Diga a mi prima Sandra que la quiero más que nunca —pidió.

—Así lo haré —aseguró el joven doctor mientras se alejaba con los otros dos tripulantes.

Minutos más tarde, los motores fotónicos del *Starbird* se encendían y un chorro de luz salió de las toberas. La nave salió disparada hacia adelante, elevándose instantes después hacia el firmamento, haciendo honor a su nombre. En cuestión de segundos se convirtió en una estrella alejándose del planeta.

Dan dejó de mirar hacia las invisibles estrellas de aquel mundo contaminado y se dirigió hacia el jeep, sentándose después en el cómodo sillón anatómico. Corrió el cristal de la carlinga y cambió el aire de su interior por el artificial fabricado por el propio todo-terreno. Después se quitó el casco y puso en marcha el vehículo.

En el mismo momento en que dio a la palanca adecuada para

que el motor se encendiera, una masa gaseosa se solidificó en el asiento lateral. No se sobresaltó. Ya estaba acostumbrado. Segundos después, Word le miraba con una sonrisa en los labios.

—Por fin podemos actuar libremente contra él —dijo. .

—¿Por qué tienes tanto interés en acabar la lucha si sabes que de esa forma vas a morir? — preguntó Dan mientras guiaba el vehículo.

—Aunque no lo creas, es por ti.

—Sigues hablando con enigmas, Word.

—Hasta que no llegue el momento, no podré hablarte de otra forma.

—En ese caso, será mejor que ese momento llegue pronto porque me molestan las dudas y quisiera aclararlas cuanto antes.

—No te preocupes, la hora de la revelación llegará pronto. Mientras tanto, debes cambiar de indumentaria. La que ahora llevas no es propia de un guerrero.

—¿Qué he de llevar entonces? —preguntó Dan, parando el vehículo.

—Yo te la proporcionaré —respondió la desnuda Word.

Cerró los ojos, como concentrándose en algún deseo. En el exterior retumbó el trueno y relámpagos radioactivos surcaron los cielos. La hermosa y desnuda figura de Word se convirtió en una bola de fuego que fue creciendo rápidamente de tamaño hasta que ocupó todo el interior del todo-terreno.

Dan se vio envuelto por aquel fuego que, de forma sorprendente, no le produjo ningún dolor. Sólo sintió un extraño cosquilleo.

El fuego envolvió por completo el vehículo hasta que, finalmente, empezó a disminuir su tamaño y terminó convirtiéndose de nuevo en Word.

Dan vio la sonrisa de satisfacción en el rostro de la mujer.

—Así estás mejor —opinó ella.

Dan se miró de arriba abajo y quedó maravillado.

En efecto, su vestimenta había cambiado y su cuerpo ahora sólo se veía cubierto por unos elásticos y ceñidos pantalones de color rojo, unas botas de media caña que parecían de oro salvo por su elasticidad y un cinturón también dorado.

Colgando del cinturón había una espada en su funda.

Pero lo más sorprendente era el casco.

Se lo quitó de la cabeza para verlo mejor. Parecía una calavera humana sin los maxilares inferiores de forma que dejaba al descubierto la boca. A ambos lados había unos enormes, curvados y puntiagudos cuernos y en la frente, una gema de singular brillo plateado.

—¿Estás segura de que ésta es la ropa que debe llevar un guerrero? — preguntó con cara de fastidio—. Me siento ridículo.

—Puede que a ti no te lo parezca pero este atavío te ayudará en tu lucha

—¿Y cómo demonios respiraré en esta atmósfera contaminada? —volvió a preguntar, dudando de que aquel extraño casco tuviera depósito de oxígeno incorporado.

—Tu nueva condición de guerrero te hace invulnerable a las inclemencias atmosféricas de este mundo muerto.

—Eso me tranquiliza —suspiró Dan, irónico.

Volvió a poner en marcha el todo-terreno y el vehículo avanzó. Con rapidez, fueron cruzando el árido desierto que se extendía ante ellos.

A lo lejos se divisaba la enorme cordillera que tantas veces vieran y gigantescos volcanes lanzaban todo lo que aquel planeta moribundo tenía en las entrañas, en un desesperado intento de expulsar lo que le corroía por dentro.

—¿Adónde iremos ahora? —preguntó Dan, volviendo la cabeza hacia Word.

—A la cueva donde establecimos contacto telepático —contestó ella, mirando al frente.

* * *

A pesar de la escasa luz que penetraba a través de las enormes masas de gas que envolvían el aire, la cueva era visible desde mucha distancia. La fosforescencia que perdió el día en que Dan se enfrentó a la enorme planta carnívora, y a la que dio muerte, había vuelto a sus lisas paredes. El color rojizo de la piedra seguía teniendo el mismo característico color sangre que Dan advirtiese el primer día que estuvo allí.

Un vehículo de aerodinámica estructura y superficie plateada, que avanzaba por la fría arena del desierto con ayuda de orugas, se paró frente a la entrada luminosa de la cueva. El cristal que recubría la parte superior del vehículo se descorrió hacia atrás y un

fornido, nervudo gigante, con un extraño casco parecido a un cráneo humano con dos afilados cuernos salió de su interior. La alta figura no llegaría por escasos centímetros a los dos metros pero, pese a su altura, era extrañamente armonioso.

Situándose al otro lado del vehículo, el ex comandante del *Starbird* tendió su mano, cortés, a la hermosa mujer que seguía en el interior y que aceptó la mano que se le tendía, saliendo del todoterreno y mostrando su escultural desnudez, todo su cuerpo exultante de belleza.

Ambos, hombre y mujer, entraron en la cueva. Dan sacó de su funda la ancha hoja de doble filo de su espada y la agarró con fuerza con la diestra.

—Me dejaste sin mi pistola láser pero si ahí dentro hay algún peligro, no quiero que me pille desprevenido.

—Esa espada te puede ser más útil que el moderno artilugio del que hablas —dijo a su vez Word—. Sólo un deseo, un pensamiento, una orden mental, puede convertir esa espada en un instrumento mortal capaz de sacarte de cualquier peligro.

—Así lo espero o no tendremos posibilidades de salir vivos de esta aventura tan fantástica.

—Fantástica, pero real — aclaró ella.

—¿Hasta dónde iremos por este camino? —preguntó Dan mientras señalaba con la mirada al interior de la cueva.

—Hemos de pasar muchos peligros antes de llegar hasta nuestro destino.

—¿Y cuál es nuestro destino?

—La morada de los dioses — respondió ella con la vista perdida, como mirando hacia algo inexistente que estaba delante—, más allá del tiempo y del espacio, más allá de las más lejanas estrellas, más allá de todos los universos conocidos y por conocer. En un mundo brillante y misterioso donde se mezclan y se confunden formas ciclópeas y mundos que giran alrededor del centro de ese universo, que son los mismos dioses.

Poco después, los dos se internaban en el interior de aquella brillante cueva en dirección hacia lo que Word había llamado morada de los dioses.

CAPÍTULO IV

EL camino por la cueva fue largo pero ninguna de las dos figuras que caminaban por él dieron muestras e cansancio. Hombre y mujer caminaban juntos, sin adelantarse uno al otro, en silencio y con expresión torva.

Dan Last, con su nuevo atuendo de guerrero muy diferente al que vistiera como comandante del *Starbird*, caminaba junto a Word con el ceño fruncido. En su mano brillaba la ancha hoja de su espada. La mente y cuerpo del hombre estaban preparados para el combate, como si de verdad él fuese un guerrero. Quizá la energía que mutó su traje de vacío también le había transformado a él, convirtiéndole en un auténtico guerrero de fantasía heroica.

Word no le había adelantado nada sobre la morada de los dioses, pero recordaba que la primera vez que ella se comunicó con él, le dijo: «Ellos te ayudarán».

De repente, la fosforescencia de las paredes se extinguió. Dan sintió que un escalofrío recorría su espina dorsal. Ante ellos había un espectáculo infernal.

La cueva se ensanchaba en aquel tramo y la única luz que había la producía el fuego que salía de algunos pedazos de tierra, mezclado con gas sulfuroso. Varios lagos de ácido burbujeante hacían de aquel lugar un reino de muerte en el que cualquier ser que se aventurase a pasar por allí podía hallar la destrucción cayendo en ellos.

Pero lo más espantoso no era el desolador paisaje sino los repulsivos monstruos que lo habitaban. Con sus formas espantosas, que se parecían vagamente a Ia humana, parecían seres infernales surgidos del Averno.

«Aunque, después de todo —pensó Dan—. Quizás esto sea el

Averno».

Cada uno de aquellos seres era diferente del otro cuanto a la forma, pero sus deseos de muerte eran iguales en todos. Les miraban a ambos con ojos demoníacos de los que parecía salir un brillo de fuego que atemorizó a Dan.

Detrás de aquel paisaje inhóspito y hostil había una gran salida hacia el exterior.

—Este es el primer peligro que hay que salvar para llegar a la morada de los dioses. Si logramos pasar tendremos que salir por allí —aclaró Word, señalando la abertura en la roca.

—Esas «cosas» no nos dejarán pasar.

—Tendrás que abrirte paso con tu espada. Yo seguiré en forma etérea y procuraré ayudarte cuanto pueda.

—Si no hay más remedio... — se resignó el guerrero.

—Si te vieses en gran peligro no dudes en invocar con tu mente el poder de la espada —le recordó la joven de rubios cabellos antes de desaparecer convirtiéndose en una nube de oscuro gas que se fue expandiendo hasta hacerse invisible.

Dan estaba solo ante aquellos seres escalofriantes que le miraban con ojos malignos.

Echó a andar hacia ellos decidido, con tranquilidad. Los viscosos servidores del llamado «él» parecían relamerse de antemano ante la vista de una posible víctima. De repente, todos los engendros se lanzaron sobre él. Su espada trazó un arco en el aire y uno de aquellos seres cayó al suelo partido en dos mitades. Aulló con una alegría que parecía tener algo de animal al comprobar la mortalidad de aquellos monstruos.

Su cuerpo, sin embargo, fue sepultado por aquella marea demoníaca. La espada, a pesar de ello, ensartó a otro de aquellos «bichos» cobrando una nueva víctima. Garras y dientes abrieron profundos surcos en su piel.

Una cabeza inhumana voló por los aires dejando tras de sí una estela de sangre y rebotando contra el duro suelo.

Con un torbellino de patadas, puñetazos y mandobles con la espada logró quitarse de encima a todos sus adversarios. La espada cayó, después, sobre el cráneo de otro enemigo, cortándolo limpiamente por la mitad.

Su espada segó gargantas, brazos, piernas y cráneos de la horda

monstruosa y, por fin, con el arma ensangrentada, pasó al otro lado del agujero en la roca, dándose cuenta de que había logrado atravesar la montaña de parte a parte.

Las criaturas que le habían atacado no cruzaron. Se limitaron a mirarle y, aunque no estaba seguro, creyó advertir en sus ojos el temor. Un temor que él no les inspiró en ningún momento.

Miró tras él para averiguar la razón del súbito miedo y sólo vio una extensión enorme de desierto. Un desierto exactamente igual al que cruzó antes de llegar a la entrada de la cueva. La única diferencia era que allí no se veía el fin pues los gases atmosféricos parecían haberse vuelto más densos en aquella zona. Dan se preguntó qué cosa podía ser tan horrenda como para llenar de miedo los corazones de aquellos engendros.

* * *

Sandra Robertson miró los papeles que tenía en la mano y, luego, giró la vista para mirar al hombre rubio y bien parecido que, ataviado con traje de vacío, estaba sentado junto a ella.

—¿Está seguro de que todo lo escrito aquí es cierto, doctor Hamilton? —preguntó.

—Absolutamente. Esos papeles son los informes que voy a presentar a la NASA sobre lo que ha ocurrido en el *Starbird*.

—Pero todo lo que usted pone sobre lo que dijo Dan acerca de... los zombis es increíble.

—Lo reconozco pero es exactamente lo que me dijo su primo acerca de ello — se defendió el joven cosmobiólogo—. Y su primo estaba totalmente convencido de que todo eso era verdad, así que sólo puede haber dos explicaciones: o Dan Last estaba loco o decía la verdad. Al principio logró convencerme de lo último, pero al ver que Last decidió quedarse en aquel planeta... Bueno, no sé qué pensar.

—No se preocupe. Le entiendo. Yo también llegué creer que estaba loco, pero Dan siempre supo lo que hacía y seguramente había un motivo para que decidiese quedarse allí. Y pienso que, en aquel planeta, que ustedes llaman Last, Dan está haciendo lo que le dicta su conciencia.

—Es posible. Y dígame... ¿A usted no le dijo nada acerca de los zombis?

—No —respondió ella, pero luego rectificó—. Espere... sí. Cierta

vez que hablábamos sobre los muertos en el sabotaje me dijo una frase que no entendí.

—Repítala, si se acuerda — pidió Hamilton.

—Era algo así como: «Sólo los muertos viven donde los vivos mueren.»

—Una frase muy acertada — opinó el científico.

—Para saber a qué atenemos — dijo después Sandra — respecto a nuestras declaraciones a la NASA sería mejor que yo hiciese una investigación más profunda a los cadáveres que tenemos en el depósito.

—Es una buena idea —movió la cabeza en sentido afirmativo Ray—. Cuando termine las investigaciones redacte un informe lo antes posible para enviarlo junto al mío.

—Así lo haré.

—Bien — suspiró Hamilton, levantándose—. Ya que hemos llegado a una decisión, debo irme. El trabajo del nuevo cargo de sustituto temporal del comandante que me han otorgado es muy grande, y tengo que seguir cumpliendo las funciones de éste.

—Lo comprendo, pero me hubiera gustado que se quedara a charlar conmigo sobre otras cosas que no fueran tan malas — sonrió Sandra mientras abría la puerta de su camarote.

—En otra ocasión será. Adiós, doctora Robertson —se despidió el cosmobiólogo.

—Adiós.

Ray Hamilton salió del camarote de Sandra y empezó a caminar para dirigirse al centro de control pero la que vio delante suyo le obligó a parar. Exhaló un ronco gemido de terror.

—¡Dios mío…! No puede ser…

Echó a correr todo lo rápido que le permitían sus piernas hacia la puerta, todavía abierta, del camarote de Sandra Robertson. Esta, al oir la voz aterrada de Ray, asomó su morena cabeza en aquella dirección. Un chillido de terror brotó de su garganta al mismo tiempo que Ray Hamilton entraba en su alojamiento y cerraba la puerta, dejando la causa de su horror al otro lado.

—Era… era un cadáver —recordó aterrada Sandra, conteniendo a duras penas sus sollozos.

—Si… Dan Last tenía razón.

* * *

Dan empezó a caminar por el desierto que se extendía ante sus ojos. De repente, creyó ver una débil luz a lo lejos.

«Ese debe de ser mi destino», pensó.

Siguió caminando, presto de nuevo para el combate.

Aunque allí no parecía posible que hubiese vida, sabía que existía un peligro oculto en algún sitio, no muy lejos de donde él estaba.

Y no se equivocaba.

Todo lo que había ante él pareció convertirse en una pared de oscuridad.

Cientos de formas de apariencia humana, pero hechos por completo de oscuridad le cerraban el paso, montados sobre caballos de su misma naturaleza.

Los jinetes espolearon a sus cabalgaduras y los animales se lanzaron al galope, en pos del hombre que se alzaba, desafiante, ante ellos. No emitieron ningún sonido, ni siquiera un grito de batalla. Simplemente, se lanzaron sobre él.

Con la espada en la diestra aguardó, tenso, el momento del ataque. Pero, en contra de lo que esperaba, no iban a permitir que los caballos le pisotearan sino que varios jinetes desmontaron y se situaron frente a él. Los otros, mientras tanto, daban vueltas en tomo a ellos.

En las manos de los que habían desmontado aparecieron, como por arte de magia, espadas, lanzas, hachas… Todas ellas parecían estar hechas con huesos labrados de forma que adquiriesen esas formas.

Los seres oscuros blandieron sus armas y le atacaron. Dan repelió el ataque con su propia espada, todavía manchada con la sangre de los engendros contra los que luchó anteriormente. Pero, al intentar atravesar una de las negras figuras que blandía un hacha, observó con pavor cómo su espada le pasaba de parte a parte sin hacerle ningún rasguño. Como si aquellos seres existiesen sólo en su mente o de verdad fueran sustancia inmaterial.

Ese pensamiento hizo que los cabellos de su nuca se erizasen, pero entonces descubrió que en realidad había acertado. Estaban hechos de oscuridad pero no la producida por la mera ausencia de luz sino como la base misma de la maldad, nacidos sin duda en la dimensión de muerte y negrura de la que provenía él. Entonces

supo también que no podría causarles el menor daño, debido precisamente a su naturaleza. Pero recordó a tiempo que Word le dijo que si se hallaba en gran peligro, recurriese al poder oculto de la espada.

Forzando su voluntad en el único pensamiento de que la espada liberase su poder, logró su propósito y, con ojos asombrados, presenció una singular metamorfosis. El metal de la hoja de su espada se volvió fuego, gracias a fuerzas místicas poderosas y desconocidas para él.

Una columna de fuego de casi un metro de largo sustituyó a la brillante hoja.

Y entonces ocurrió.

Todas las sombras que se hallaban cerca de él dejaron caer las armas óseas y se revolcaron por el suelo rojizo del desierto, presos de una misteriosa agonía. Cuando las sombras quedaron quietas, desaparecieron y se desvanecieron por completo.

Dan quedó perplejo. Era evidente que algo que había en la espada causó aquellas muertes.

Entonces, comprendió.

La luz les había vencido. Porque, después de todo, el fuego no es más que luz y la luz disipa las sombras, disuelve la oscuridad.

Como los vampiros de las leyendas terrestres, que perecían por la purificadora luz del sol, también morían aquellos seres cuando su espada se acercaba a ellos.

Presa de enorme satisfacción, fue en pos de los jinetes, logrando matar a varios pero, al ver la superioridad del guerrero, los supervivientes decidieron retirarse y Dan Last, con la espada de fuego en su mano, contempló la cobarde o prudente huida de sus enemigos.

* * *

Ray Hamilton sacó de la funda su pistola láser y dijo, decidido:

—Voy a salir para dar fin a ese engendro.

—Tenga cuidado —suplicó Sandra.

En aquel momento, una violenta vibración zarandeó el *Starbird*. Sandra perdió el equilibrio y se agarró instintivamente al cuello de Ray, cayendo ambos por el suelo metálico.

Los zarandeos de la nave les llevaron de un lado a otro e hicieron que todos los muebles cayesen. Ray agarró por la cintura a

Sandra y se lanzó desesperadamente a un lado de la pared, donde apoyó la espada. Durante unos segundos, continuó la situación y cuando todo cesó por fin, Ray ayudó a Sandra a levantarse pues tenía una herida en la cabeza que la había atontado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el joven científico. Sandra afirmó con la cabeza.

—¿Qué habrá ocurrido? —preguntó.

Ray cogió su pistola láser de nuevo y abrió la puerta del camarote. Por segunda vez, se encontró cara a cara con la imagen que tanto horror le causó momentos antes. Evidentemente, seguía teniendo miedo pero estaba preparado contra la aparición.

Delante suyo había un hombre vestido con el obligatorio traje de vacío. Pero, como Ray pudo observar muy bien, a aquel hombre ya no le hacía falta semejante uniforme, como demostraba la monstruosa y mortal herida que recorría su torso, desde la base de la garganta hasta el costado izquierdo, producido seguramente por un objeto terriblemente afilado.

Lo de menos era saber cómo había muerto. Porque de que estaba muerto, no cabía duda.

A través de la herida, Ray pudo ver que los pulmones no se movían y la sangre, ya coagulada, no salía por ella.

Tampoco fue la herida lo que más horror le causó sino el hecho de que se movía. Con pasos torpes, como un robot, y con ojos fríos y sin emociones, ojos que ya viera en otra ocasión, el zombi se acercaba a él cada vez más.

En el planeta Last, el antes comandante del Starbird mató al monstruo que les atacó, de un solo disparo. Ray sabía dónde dispararle, pero... ¿daría resultado esta vez?

El monstruo siguió avanzando hacia él, arrancándole de sus cavilaciones.

Ray no esperó más. Levantando el arma, apuntó y disparó.

El destello del láser atravesó de parte a parte el cráneo del muerto-vivo y éste cayó pesadamente al suelo, encontrando por fin el descanso de la verdadera muerte.

* * *

Una montaña. El lugar en cuya cima estaba la fuente de luz que vio anteriormente era una montaña. Una montaña enorme y, al parecer, escarpada, entre cientos de ellas.

Pero no sólo llamaba la atención de Dan la montaña. También miraba los restos y ruinas de lo que una vez fuera una ciudad. Cuando estuvo en ella pudo admirar la colosal arquitectura de la civilización que allí existió. Sin embargo, los que fueron grandes edificios de atrevido diseño y adelantadas técnicas de construcción, ya no eran más que escombros.

En aquella ciudad dejó de existir la vida. Quizá por el apocalipsis que envejeció aquel mundo, o, quizás, por... él.

Atravesó con paso mesurado lo que en otros tiempos fueran calles con abundante tráfico. En algunos sitios podían verse unos extraños vehículos totalmente destrozados.

Lo que más abundaba allí eran los cadáveres. Cadáveres perfectamente humanos medio podridos por alguna clase de microorganismos.

Esqueletos tendidos en las calles como muñecos estropeados. Allí sólo había muerte y desolación y por eso Dan decidió salir de la ciudad cuanto antes.

De repente, sus ojos se agrandaron por el espanto. Miles de esqueletos descarnados y cadáveres putrefactos con trozos de carne pútrida colgando, cerraron por completo la calle por la que caminaba.

No era aquello lo más terrorífico, pues ya había visto demasiados horrores, sino el hecho de que todos ellos estuviesen armados. Aquella legión de esqueletos salidos de la misma muerte, como un ejército de pesadilla, llevaban espadas o hachas y escudos.

Los cadáveres abrieron las mandíbulas y, de forma inconcebible, brotó de ellas una especie de chillido estridente, que debía de ser el grito de batalla porque, al instante, todos se lanzaron al ataque. Sus huesos chirriaron de manera estremecedora al moverse.

Sabiendo que nada podía contra ellos, Dan apretó los dientes y en sus ojos apareció un extraño brillo de furia e impotencia mientras daba la espalda a la legión de cadáveres y echaba a correr con desesperación en busca de un lugar donde esconderse.

Entró en el edificio menos derruido que halló y corrió hacia arriba por unas escaleras de caracol hechas con un metal parecido al vidrio.

En muchas ocasiones se encontró con que la escalera estaba destruida en algunos tramos, pero siempre llegaba al otro lado con

un extraordinario salto. Se alegraba de la situación pues suponía que aquellos esqueletos no tendrían la misma fuerza que él en sus piernas.

Pasó por muchas plantas, todas ellas destrozadas, sin detenerse en ninguna hasta que no tuvo otro remedio por haber llegado al final: una planta donde ya no existía techo y las paredes estaban parcialmente destruidas.

Asomándose a un lugar donde no había pared, pudo ver, de forma borrosa debido a la niebla de gas atmosférico, las figuras esqueléticas del ejército de cadáveres. La mayoría rodeaban por completo el edificio mientras que otras intentaban entrar. Pero, después de desaparecer del cielo el sol rojo que alumbraba el planeta, todos rodearon el edificio.

Dan sonrió. Por el momento se encontraba a salvo allí arriba pues los cadáveres andantes no podían subir por la tortuosa escalera, pero no podía quedarse allí para siempre. Tenía que escapar y empezó a buscar la manera.

Bajó al piso inferior en busca de algo que le pudiese ayudar y le extrañó que en un edificio tan grande no hubiese ningún muerto. Aunque quizá todos estaban abajo.

Por fin, en un techo medio derrumbado vio unos largos y gruesos cables que, con toda seguridad, fueron alguna vez conductores de energía. Utilizando unos extraños muebles de metal para llegar al techo, logró arrancar los cables y usando el poder mágico de su espada unió los extremos de todos ellos, convirtiéndolos en uno solo.

Arrancó luego una barra de metal de un mueble y, con gran esfuerzo, consiguió doblarla hasta hacer una especie de garfio para unirlo al cable.

Cuando las tinieblas de la noche envolvieron por completo la ciudad, Dan se preparó para escapar.

Cogió el cable de metal con ambas manos y, lentamente al principio pero después con mayor rapidez, la parte que tenía el garfio toscamente preparado por él fue dando vueltas por encima suyo, mientras sus manos se alzaban cada vez más y hacían que girase a gran velocidad. Finalmente, lo soltó.

El cable surcó el aire hasta llegar a otro edificio y quedar enganchado en lo que quedaba de un muro. Dan fundió el otro

extremo con la espada y lo unió a la pared que había tras él. Luego, se dispuso a cruzar.

Agarrándose con ambas manos, Dan quedó suspendido en el aire y recorrió centímetro a centímetro todo el cable hasta llegar al otro lado.

Todo su cuerpo estaba bañado en sudor. Tras dejar el casco a un lado, se pasó la mano por la frente para secarse el que tenía en ella.

Dan miró hacia la calle. La ausencia de satélites hacía muy difícil ver durante la noche pero le sirvió de consuelo pensar que lo mismo les pasaría a sus «queridos amigos» los esqueletos rechinantes.

Bajó poco a poco las escaleras, salvando los obstáculos, y cuando llegó al final se puso de nuevo el casco, situándose, expectante, de espaldas a una pared, aguardando...

Maldijo entre dientes. La puerta del edificio estaba orientada hacia el lugar donde estaban los esqueletos.

Probó fortuna y, despacio, pegado a la pared, pasó la puerta y llegó hasta la esquina del edificio. Como sus pies no hacían el menor ruido, se dirigió, más deprisa, hacia la otra calle, por la que corrió todo lo rápido que pudo para salir de aquella ciudad maldita.

De pronto, el corazón amenazó con parársele cuando oyó sonidos de huesos golpeando contra el suelo. Volvió la vista y distinguió la horda de muertos armados que le perseguía a corta distancia.

Hubiera deseado en ese momento que sus pies tuvieran alas pero, como era imposible, forzó su velocidad hasta el límite. Se sentía cansado pero no podía desfallecer.

Corrió, corrió y corrió hasta que salió de la ciudad.

Luego siguió corriendo hasta que le abandonaron las fuerzas. Y cayó, luchando por no perder el conocimiento pero el agotamiento le venció y quedó profundamente dormido.

Cuando despertó, la hermosa Word estaba de rodillas junto a él, mirándole.

—Hola, preciosa... — dijo Dan mientras se levantaba con torpeza—. No tendrás algo de comida y bebida, ¿verdad?

En las manos de Word aparecieron, como surgidas de la nada, una de las latas de conservas que él dejó en el jeep y una botella llena de agua.

—Lo he cogido prestado de tu todo-terreno —sonrió ella.

Segundos más tarde, Dan devoraba con verdadero frenesí cuanto le trajo Word. Mientras comía, preguntó:

—¿Quieres tú un poco?

—No, gracias —rechazó la mujer—, a mí no me hace falta alimentarme.

—No sabes lo que te pierdes.

Cuando Dan acabó con todo, Word le dijo:

—Esta será la última vez que me veas hasta llegar a la morada de los dioses. Todavía te queda un peligro que salvar hasta llegar a la montaña. Y luego, los que hay en ella. Forman parte de las pruebas a que él te somete, pero, al mismo tiempo, sirven tambIén para acabar con cualquiera que desee llegar hasta los dioses.

—Te deseo suerte —se despidió mientras se desvanecía. .

Dan volvió a quedar solo. Miró hacia la cercana montaña y recordó las palabras de Word: «Todavía te queda un peligro...»

¿Cuál podía ser ese peligro? Hasta que no llegase no lo sabría así que comenzó a andar.

Cuando se encontraba junto a la montaña, se extrañó que no pasase nada raro pero se convenció de que aquella paz era engañosa.

Word no solía equivocarse.

De súbito tembló toda la montaña, y como si formase parte de ella, surgió una figura ciclópea.

El gigante de piedra que estaba ante él causaba pavor. Con una sola mano podía abarcar todo su cuerpo y le bastaría un pisotón para aplastarle. En sus ojos brillaban con luz azul lo que debían ser las pupilas.

Un escalofrió recorrió su columna vertebral. ¿Cómo iba a vencer a aquel titán de piedra? Intentó usar su espada flamígera contra el gigante pétreo pero, al ver los fútiles resultados, decidió huir y salvar el pellejo. Quizá no era un acto propio de un valiente guerrero pero, de todas formas, serviría para no perder la vida.

Vio un agujero entre dos grandes rocas. Con gran esfuerzo logró mover una de ellas. Apenas unos palmos, pero lo suficiente para que él cupiese en la cueva que había al otro lado.

CAPÍTULO V

MIRÓ hacia delante. Todo estaba a oscuras salvo un trozo que iluminaba débilmente el agujero entre las rocas.

Como no creyó saludable volver a salir fuera decidió seguir por aquella cueva hasta donde le llevase. Volvió a invocar el poder de su espada e iluminó el camino. —Bueno, ya tengo lámpara —rezongó, frunciendo el ceño—. Si esto no conduce a ningún sitio no tendré más remedio que salir.

Tras unos minutos de recorrido, descubrió unas antorchas que iluminaban aquel tramo. «Vaya, al parecer me esperan», pensó.

Guardó su acero y siguió caminando hasta llegar a unas escaleras construidas en la roca viva e iluminadas también por antorchas.

—Me parece que voy por el camino correcto — ironizó. Y empezó a caminar por la pétrea escalera hasta donde le deparase el destino.

* * *

—¿Qué cree que pudo ocurrir? — preguntó Sandra, dando a Ray un vaso de licor, que vació de un trago.

—Tráigame otro, si no le molesta — pidió el científico.

—Yo también beberé uno. Pero no ha respondido a mi pregunta.

—Repítala, por favor.

—¿Cuál piensa que pudo ser la causa que resucitara a un hombre? — preguntó Sandra, mientras llenaba otros dos vasos.

—Yo también hice esa pregunta a su primo y me respondió que era posible que hubiese una especie de Houngan en aquel planeta.

Sandra no tuvo tiempo de decir nada. Una estruendosa sirena de alarma llenó, con su agónico ulular, toda la nave.

Hamilton se puso en pie de un salto y echó a correr hacia la

puerta, soltando maldiciones. Abrió y volvió a salir, dejando sola a Sandra.

Pasó una esquina. Y luego otra, hasta que se vio obligado a detenerse. Ante él había un hombre.

Un hombre con una espada de doble filo en la diestra.

Vestía de forma extraña: con brazaletes, cinturón y botas que parecían de metal dorado y unos pantalones ceñidos de color rojo. Pero lo que más extrañó a Ray fue el casco. Era parecido a una calavera humana con dos cuernos y una gema de brillo plateado.

Para Ray Hamilton resultó claro que las intenciones de aquel extraño individuo no eran pacíficas y, por ello, echó mano a su pistola láser, disparando contra la alta y fornida figura, apuntando al corazón.

Pero el disparo no atravesó el pecho del hombre disfrazado. De un prodigioso salto hacia arriba, logró evadirse del rayo letal.

Todavía en el aire, dio una mortal pirueta y cayó de pie ante Ray, a escasa distancia. La ancha hoja de la espada trazó un arco en el aire buscando la garganta del doctor, pero éste se agachó a tiempo y la espada pasó silbando a escasos centímetros de su cabello. En el mismo movimiento, volvió a disparar el láser pero también falló en esta ocasión al esquivar su desconocido adversario el disparo lanzándose a un lado.

Ray, viendo que nada podía hacer contra aquel hombre, huyó de nuevo en dirección al camarote de Sandra. Y, a pesar de la velocidad a que corría, oyó los pasos del desconocido, que iba pisándole los talones.

Cuando pasó por delante de una pantalla de información interna, Ray Hamilton pudo leer apresuradamente lo que Dan Last leyó en cierta ocasión:

ALARMA ROJA PERDIDA TOTAL DE VELOCIDAD

* * *

La escalera terminó de repente en un enorme ensanchamiento en el que podían distinguirse algunas estalactitas pendiendo del alto techo. El lugar también estaba iluminado por antorchas.

En el centro había una especie de lago subterráneo.

Dan no supo si alegrarse o romper a llorar. Era la primera vez que veía agua en aquel mundo desolado, sólo habitado por engendros de otra dimensión. Sin embargo, optó por no beber pues

tenía un color muy sospechoso.

Detrás de aquel pequeño lago había tierra de nuevo y, después, una salida. Aquello hizo que Dan recelase, sospechando que hubiese un nuevo peligro.

Allí no había ningún sitio que le sirviera de escondite, a menos que el monstruo o lo que pudiese acecharle saliese de las paredes, como el gigante de piedra que antes le atacó.

De repente, notó cierto movimiento en el lago. — Allí estaba su enemigo.

La perturbación de las aguas fue haciéndose cada vez mayor hasta que, por fin, una descomunal figura emergió.

Dan esperó el ataque del monstruo acuático en pie. Era una serpiente.

Una serpiente de un tamaño tan enorme que su cabeza era tan grande como Dan.

El monstruo quedó unos momentos con la cabeza tan sólo fuera del agua pero, tras ver al guerrero, empezó a sacar el cuerpo. Casi cinco metros de músculos con forma cilíndrica salieron, pareciendo apenas una décima parte del tamaño total del enorme reptil. Sin esperar más, se lanzó sobre Dan.

Toda su enorme masa anillada voló en dirección al humano.

Dan, por su parte, tensó los músculos de sus piernas y, cuando estaba a punto de ser engullido por la enorme boca abierta, saltó hacia arriba.

El brinco fue enorme. Dan no sabía cómo consiguió aquella fuerza en sus piernas pero tampoco le importaba. Lo cierto es que cayó sentado sobre la gran cabeza aplanada del monstruo.

—Bien, serpiente del infierno —gritó—, ¡llegó tu hora!

Y, dicho aquello, clavó su espada en uno de los ojos del monstruo. El globo ocular reventó, salpicando sobre Dan un humor blancuzco.

No contento con ello, la clavó en el otro ojo. La monstruosa serpiente lanzó un grito indescriptible y se retorció en el aire, intentando librarse de lo que para ella era una mosca. Pero una mosca que tenía una espada muy afilada.

Dan saltó de la cabeza del monstruo y se zambulló en el líquido elemento. Nadó rápidamente en busca de la otra orilla para evitar que el monstruo aprovechara la ocasión. Pero la serpiente estaba

ciega y lo que menos podía hacer en aquellos momentos era ponerse a perseguir al terrestre.

Así, Dan llegó sano y salvo a la otra orilla.

* * *

Ray Hamilton llamó nerviosamente al timbre de la puerta. Un instante después, Sandra le abrió y Ray entró con precipitación, cerrando la puerta metálica.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó la doctora, extrañada.

Ray tomó aliento y respondió:

—Me persigue un tipo disfrazado con una enorme espada en la mano.

—¿Otro zombi? —preguntó de nuevo, asustada.

—No lo sé... Pero no me pareció tan torpe como el que maté antes.

—¿Y dice que le persigue?

—Sí... Y parece dispuesto a acabar conmigo.

En ese momento, vieron que de la puerta caían espesas gotas de metal fundido que se solidificaban cuando llegaban al suelo. Hamilton cogió su láser y apuntó hacia la entrada.

—Cuando aparezca le perforo el casco —silabeó. Sandra se colocó tras él en busca instintiva de protección mientras la puerta iba convirtiéndose en metal líquido. Cuando la puerta desapareció por completo, surgió en el umbral el mismo hombre que antes atacó a Hamilton. La única diferencia estaba en su espada, convertida ahora en una especie de surtidor de llamas.

El dedo índice de Ray apretó el gatillo y el arma vomitó muerte.

* * *

Dan encontró de nuevo unas escaleras después de abandonar el lugar en que cegó a la colosal serpiente y volvió a subir por ellas.

Recorrió una distancia que le pareció infinita y al final llegó a otro ensanchamiento de la cueva, igual al anterior salvo en el detalle de que allí no había lago.

Empezó a caminar hacia la salida que se veía al otro lado. De pronto, oyó una especie de graznido parecido al que emiten los cuervos.

Elevó la mirada instintivamente.

Docenas de criaturas aladas revoloteaban sobre él. Dan había oído hablar bastante de aquella especie voladora que nada tenía que

ver con las aves. No tenían plumas sino que su cuerpo estaba recubierto por escamas. Sus alas eran membranosas, sus colas, largas y muy parecidas a las de los reptiles y tenían pico dentado. Eran pterodáctilos. Bueno, no exactamente. Tenían algunas diferencias con aquellos animales prehistóricos, como por ejemplo su tamaño, ahora no mayor que el de un gato terrestre.

Sin embargo, el tamaño estaba compensado por el número, como pudo comprobar cuando iniciaron un vuelo en picado contra él.

—Os espero, pequeños — bromeó mientras empuñaba su espada.

Aquellos diminutos animalejos empezaron a morderle y arañarle cuando llegaron hasta él. Dan empezó a trazar círculos en el aire con su espada, segando limpiamente a aquellos pequeños animales que emitían chillidos espeluznantes de agonía al ser seccionados en dos partes.

Con una macabra sonrisa en los labios, fue causando estragos entre aquellas diminutas copias de unos prehistóricos reptiles terrestres. Finalmente, lanzando graznidos de temor, se alejaron de él, menguadas sus escasas posibilidades de victoria.

Sin dejar de vigilar a sus pequeños enemigos, Dan empezó a caminar hacia la salida.

* * *

Un agujero con bordes carbonizados apareció en el cuello del guerrero con casco de cráneo y su cuerpo se desplomó pesadamente. Una singular transformación tuvo lugar entonces y el disfrazado guerrero muerto se convirtió en un cadáver vestido con el uniforme reglamentario de vuelo: el traje de vacío.

Ray y Sandra se miraron. No podían creer lo que habían visto. Se acercaron con cautela al cuerpo inerte y Ray le dio la vuelta. Su boca se abrió por la sorpresa al ver unas facciones conocidas.

—¡El doctor Ryan! —exclamó.

—¿Está muerto? —preguntó Sandra.

—Si.

—Pero… ¿Cómo es posible?

—Pasan cosas muy raras en el *Starbird*. Mandaré unos hombres a que recojan el cadáver y usted lo examinará. Ahora, si me permite, he de arreglar un asunto.

—¿Sucede algo?
—El Starbird está parado en el espacio.
—¿Cómo puede ser eso? — se preocupó Sandra.
—Es probable que hayan vuelto a sabotear los motores —respondió Ray, mientras salía.

* * *

La salida de la cueva llevaba al exterior de la montaña. Miró hacia abajo y casi quedó mareado por la altura. Luego, su vista se dirigió hacia arriba y comenzó a trepar hacia la luz de la cima. Buscando como asidero las irregularidades de la montaña, fue escalando sin demasiada dificultad hasta que halló un saliente bastante grande y se sentó a descansar.
Dan necesitaba en verdad ese descanso pues se quedó dormido casi al instante. Por eso no advirtió un suave zumbido encima suyo ni que unos pies humanos se posaban muy cerca de donde él estaba. Una figura alta, de piel notablemente pálida, se acercó a él. En sus manos brillaba una daga adornada con piedras preciosas.
La muerte se acercaba con paso inexorable.
Quizá fue el destino o la bella Word, quien le salvó la vida. Lo cierto es que, por alguna razón que Dan jamás acertó a explicar, sus ojos se abrieron.
La proximidad de la Muerte le obligó a actuar más rápido que nunca. Con un solo movimiento, se puso en pie y desenvainó la espada.
El extraño ser era casi por completo humano y estaba vestido sólo por un taparrabos. Y era «casi por completo» porque tenía algunas pequeñas diferencias. Así lo demostraban las grandes y escamosas alas transparentes que nacían en su espalda, la cabeza de insecto, con grandes ojos redondos y multifacéticos, y la trompa del aparato bucal.
Las alas transparentes vibraron, causando un zumbido estremecedor. La figura mitad humana, mitad insecto, se elevó en el aire y huyó, desapareciendo entre las tinieblas. .
Dan quedó perplejo. ¿Por qué no le había atacado?

* * *

Ray Hamilton miró apesadumbrado la pantalla del computador. En ella estaba expuesta de forma clara la causa de la parada del *Starbird*. De nuevo el sector tres del motor principal había sido

inutilizado y alguien había puesto en marcha los retrocohetes.

Se dirigió hacia el sistema de transmisión y lo puso en marcha. Tranquila, pausadamente, se dirigió a todos los tripulantes del *Starbird*:

—Atención, mensaje de máxima prioridad. La nave ha sufrido grandes desperfectos en un nuevo acto de sabotaje. La sección de seguridad se encargará de investigar quién ha sido el causante mientras toda la nave está en alerta amarilla. Los trabajos de reparaciones deben comenzar cuanto antes.

Cortó la transmisión y se encaró al recién nombrado jefe de la sección de seguridad después de la deserción en toda regla del comandante Last, diciéndole:

—Quiero que inicie una investigación a fondo, utilizando todos los recursos necesarios, para atrapar al causante de todo esto.

—Haré como dice, doctor Hamilton.

—Bien. Ahora, si me disculpa, debo atender otros asuntos.

Salió dejando en el centro de control al jefe de seguridad y se dirigió a la sección médica, donde preguntó por la doctora Robertson. Un médico le respondió:

—Está en el depósito, examinando el cadáver del doctor Ryan.

Entró en la morgue del Starbird. En las paredes de aquel departamento había urnas de cristal que contenían los cadáveres de varias personas, conservados gracias a la criogenización.

Delante de una de ellas, abierta, estaba la doctora Robertson tomando notas de las características externas del cadáver de Ryan.

—No debe de ser una tarea muy agradable estar aquí —comentó Ray, acercándose a ella.

—Cierto, no lo es. A veces tienes que ver en estas cajas de cristal a tu mejor amigo. — ¿Le ocurrió a usted eso?

—Si.

—¿Quién era?

—La prometida de Dan, Valery Stanford.

—Lo siento...

—No se preocupe. Todo pasó, ya —sonrió ella.

—¿Ha encontrado algo de interés? —preguntó Ray cambiando de tema.

—Me parece que sí, aunque no estoy segura —respondió Sandra.

* * *

La morada de los dioses… Aquello era, sin duda.

Dan Last miró durante largo rato, con respeto, admiración y algo de temor, la singular forma de la entrada. Hecha de roca gris, la enorme calavera miraba todo lo que tenia delante con sus ojos llameantes, origen de la extraña luz que vio cuando subía por la montaña. Creyó que aquellos ojos llenos de luz también le miraban a él y aquella creencia hizo que se erizasen sus cabellos.

La entrada era la enorme boca abierta de la calavera. Una entrada sumida en la más insondable oscuridad.

* * *

—Empiece —pidió Ray Hamilton a su bella compañera cuando llegaron al centro de control.

—Verá, siempre hemos llevado las investigaciones sobre lo sucedido ateniéndonos a nuestra lógica. Sin embargo, lo ocurrido últimamente parece falto de ella por lo que pensé que quizás hubiera otro modo de averiguar las causas de lo que acontece.

—¿Dígame cuál?

—Introducir en un computador todos los datos que poseemos. Nosotros estamos influidos por prejuicios y sentimientos que nos obligan a rechazar algunas teorías que creemos absurdas, pero que pueden ser las verdaderas. Sin embargo un computador no actúa de esa manera. Analiza la situación mediante unos datos que se le dan y, a partir de ahí, da una respuesta concreta a una pregunta también concreta.

—En eso estamos de acuerdo. Tiene mi permiso para actuar en el computador central del *Starbird*… y yo iré con usted.

* * *

Dan entró en la boca abierta de la calavera con la espada empuñada pues no estaba seguro de que hubiesen acabado las «pruebas».

Anduvo varios metros a través de la oscuridad. De repente, notó un agudo dolor en la espalda. Sintió como la punta afilada de un objeto de acero penetraba en su carne rasgándola y abriendo un profundo surco en ella. Se llevó la mano a la espalda mientras giraba para enfrentarse cara a cara con el traidor, notando en su mano el caliente y palpitante contacto de su propia sangre.

A ciegas. Dan fue dando mandobles en el lugar donde debía estar su agresor. Oyó entonces un zumbido familiar por encima suyo y recordó al monstruo, mitad hombre, mitad díptero, que le

atacó anteriormente. Su acero volvió a hendir el aire de las alturas, sin resultado positivo.

Fue entonces cuando apareció una luz en algún lugar cercano.

Cegado, el monstruo no se dio cuenta de que perdía altura.

Casi cegado también. Dan logró distinguir una figura confusa. De nuevo silbó su acero. Pero esta vez logró cortar algo. El ala derecha del hombre insecto se quebró, haciendo que éste cayera de forma aparatosa.

Estuvo tendido poco tiempo, pues se levantó rápidamente. Su mano seguía empuñando la corta daga, ahora llena de sangre. Miró a Dan con sus ojos facetados y se lanzó contra él. Pero, perdida la ventaja de la oscuridad y su facultad de volar. sólo pudo morir atravesado por la espada del guerrero.

* * *

Sandra y Ray entraron en la sala de los computadores. Aquélla era el «alma» del *Starbird*. Todas las funciones de la nave estaban allí programadas. Pantallas, botones, luces chisporroteantes y casetes guardaban toda la información acumulada por el saber humano.

Ambos se detuvieron ante el mayor de aquellos elementos electrónicos. Era una maravilla de la informática, capaz de obtener datos del exterior y distribuirlos hacia otros computadores más especializados.

—Ya puede empezar —pidió Ray.

Sandra no contestó. Se limitó a teclear en unos botones del computador todos los datos que tenía sobre los misterios que quería aclarar.

Se escuchó un leve zumbido, señal de que la máquina estaba actuando y cuando cesó, salió del computador una tarjeta de aleación metálica plástica grabada magnéticamente.

Cogió la tarjeta y la metió en una ranura del mismo computador, apretando después un botón. De forma inmediata, aparecieron en pantalla unas letras rojas.

ESCASA INFORMACION PARA UNA RESPUEST A MINUCIOSA Y DETALLADA. SEGUN LOS DATOS, LA TENIENTE STANFORD MURIO POR CAUSAS DESCONOCIDAS QUE NO ACLARARON LOS POSTERIORES ANALISIS RADIOSCOPICOS. LA ASTRONAVE STARBIRD SUFRIO AVERIAS QUE LA OBLIGARON A POSARSE EN UN EXTRAÑO PLANETA. EXTRAÑAS MUERTES. POSIBLE

EXISTENCIA DE VIDA PLANETARIA. APARICION DE ZOMBIS. VARIOS ENCUENTROS CON DICHOS SERES. CUANDO EL STARBIRD SE ENCONTRABA EN CONDICIONES DE DESPEGAR, SUBITA DECISION DEL COMANDANTE LAST DE QUEDARSE EN EL PLANETA. NUEVA AVERIA EN EL STARBIRD. APARICION DE UN ZOMBI EN LA NAVE Y DE UN EXTRAÑO GUERRERO.

—Todo eso ya lo sabíamos —refunfuñó Ray.

—Calma, no ha hecho más que resumir los datos que le hemos dado y repetírnoslos. ¡Mira, ya salen más letras!

RESPUESTA NO DEMASIADO CLARA. POSIBLE EXISTENCIA DE ENTE CON FACULTADES PARANORMALES EN EL PLANETA. ESO EXPLICARÍA MUCHOS DE LOS HECHOS ANORMALES EXPUESTOS. CUANDO EL STARBIRD...

De repente, una violenta explosión destrozó por completo el computador, lanzando a la pareja contra otros cerebros electrónicos, que cayeron bajo el impacto. Las llamas cubrieron por completo a otros computadores cercanos, que explotaron a su vez.

Viendo que Sandra se encontraba bien, Ray cogió el extintor de incendios y apuntó la boca de éste hacia las llamas. Mientras, la alarma roja sonaba en todo el Starbird.

* * *

Dan pudo contemplar el origen de la luz. Había una especie de enorme antorcha encendida en el centro de la cámara donde él estaba.

Al lado de la antorcha estaba Word, sonriéndole.

—Fuiste tú quien encendió la antorcha — afirmó más que preguntó Dan.

—Te equivocas. La antorcha debía encenderse cuando lograra entrar quien estuviese efectuando las pruebas.

—Bueno, el resultado ha sido el mismo.

—Advierto que estás fatigado. No te preocupes, Ya podrás descansar pues has llegado a tu destino: la morada de los dioses.

CAPÍTULO VI

EN la cúspide de una gigantesca montaña, en un planeta desconocido, existía una enorme calavera esculpida en la roca, cuyas vacías cuencas estaban llenas de un brillo insólito. La boca abierta de la calavera era la entrada de una caverna en cuyo centro se había encendido una antorcha, iluminando tres figuras: dos seres vivos y el cadáver de un ser híbrido.

—Así que ésta es la morada de los dioses — comentó Dan.

—Exactamente —afirmó Word—. ¿Te ha desilusionado?

—En cierto modo, sí. Imaginaba que sería un lugar fantástico pero diría que es un extraño templo construido por sólo Dios sabe quién.

—También los habitantes de este planeta adoraban a dioses. Este es uno de los templos que les dedicaban.

—Los dioses fueron siempre fruto de la imaginación de unas masas empobrecidas de espíritu, que preferían que fueran esos entes imaginarios los que arreglasen los problemas que tenían, en lugar de hacerles frente ellos mismos.

—Es posible que tengas razón. Pero, de todos modos, estos seres existen, aunque no pertenezcan a esta dimensión.

—¿Quieres decir que son de otra dimensión, como él?

—Sí, pero antes de nada debo curarte esa herida de tu espalda.

Dan se tocó con la mano la todavía sangrante herida hecha por la daga del monstruo semihumano muerto. Word se acercó a él y pasó la mano por la herida. De una manera sobrenatural, la herida cicatrizó rápidamente, casi al instante.

—¡Increíble! —exclamó Dan—. ¿Dónde hiciste cursillos de enfermera?

* * *

—Según el computador, ha sido un ente inteligente y poderoso el causante de todo lo que ha pasado últimamente — informó Ray a todos los que estaban con él en aquella reunión.

—Al parecer ese computador tenía mucha imaginación —rió, irónico, uno de los presentes.

—Sabe usted perfectamente que los computadores no tienen imaginación —casi explotó Ray.

—Debe reconocer, Hamilton, que esa teoría es descabellada —opinó el jefe del personal científico.

—Puede que lo sea pero es la única que tenemos.

—Tenemos otra, Hamilton —rectificó el jefe de seguridad.

—¿Dígame cuál?

—Lo de la teniente Stanford pudo tratarse de una enfermedad, producida por mutaciones en microorganismos. Y lo de los zombis pudo tratarse de un engaño, puro cartón piedra de película.

—¿Engaño? ¿Por parte de quién? ¿Y lo que le ha ocurrido al *Starbird*?

—Todo ello puede deberse a un posible agente enemigo infiltrado en la tripulación.

El comentario del jefe de seguridad levantó murmullos entre los allí reunidos.

—Suponiendo que esa teoría sea cierta, que lo dudo, dígame... ¿Por qué se quedó el comandante Last en aquel planeta?

—Hay una explicación muy sencilla: Dan Last se volvió loco.

—Pero nosotros vimos lo que dijo el computador... ¿Porqué piensa que Dan estaba loco? —preguntó Sandra.

—Dijeron que la muerte de su prometida debió desequilibrarle —respondió el joven.

—Eso no es cierto —protestó ella—. Es verdad que quería mucho a Val y que sufrió mucho por su muerte pero Dan es un hombre que sabe controlar sus emociones.

—Esa impresión me daba cada vez que hablaba con él.

—Una vez me dijo que conseguiría olvidarla.

—¿Y lo logró?

—Estoy segura de que no. La amaba demasiado.

—Entonces, si no fue la locura... ¿Por qué se quedó allí?

Sandra no contestó. Estaba recordando todo lo que había ocurrido desde que Valery murió. De repente, se acordó de cierta

conversación que sostuvo con su primo.

—Espere. He recordado algo. Puede que no tenga nada que ver pero es lo único que recuerdo de mis conversaciones con Dan que puede servir.

—¿De qué se trata? —preguntó el ansioso cosmobiólogo.

—Me habló en cierta ocasión de un sueño en el que una mujer le comunicaba que habría un desastre en el Universo.

—Un sueño muy singular —opinó Ray.

—Puede que no se trate de un sueño… — indicó

Sandra.

—Explíqueme eso.

—Pudo ser una excusa para no levantar sospechas sobre algo que, por error, comenzó a contar. Sospecho que Dan estableció contacto de algún tipo con un habitante del planeta.

* * *

Ray Hamilton, desde el centro de control, comunicó al personal de la nave una noticia que no fue acogida con mucho agrado. En ella decía que debían regresar en busca del comandante Last, confinado por su propia voluntad en el planeta bautizado con su apellido. Los motivos que alegó Hamilton para llevar a cabo su plan fue la orden de captura del comandante por sospechas de sabotaje y traición.

Cuando el Starbird estuvo totalmente reparado, las toberas dejaron escapar un violento chorro de fotones liberados por los motores. Toda la nave salió despedida a velocidad súper-lumínica, trazando una semicircunferencia en el espacio y rehaciendo la ruta hacia el planeta.

* * *

El lugar era circular y enorme. De las paredes salía un fulgor tenue, débil y con tonalidades rojizas, como una cueva que vio en otra ocasión en aquel mismo planeta. En el centro había un extraño altar redondo, hecho por completo de cristal oscuro, casi negro.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Dan.

—Aquí está la puerta —respondió Word—. El portal entre dos dimensiones diferentes, que era usado antaño para comunicarse con los dioses.

—¿Y dónde está…?

—Allí —señaló el altar de cristal.

—Entonces… es el momento de la revelación. El momento en

que sabré todo cuanto hasta ahora me fue negado que supiera.

—Así es.

—Entonces... ¿Qué esperamos?

—Colócate en el centro del altar.

Dan cumplió lo que Word le dijo y se situó en pie sobre el altar. La mujer levantó ambas manos y, como si aquella hubiera sido la señal para que se desatasen unas fuerzas extraordinarias del cristal brotó un chorro de luz cegadora que envolvió por completo al guerrero.

Aunque no sintió ningún dolor, Dan notó algo así como una explosión dentro de su ser. Le pareció que sus átomos se separaban y se sintió transportado a través de planetas, sistemas estelares, galaxias, macrogalaxias e incluso a través de los universos o dimensiones. Transportado a algún lugar. Quizás a una dimensión donde reinasen los dioses...

* * *

El *Starbird* sobrevoló la atmósfera contaminada del planeta y minutos más tarde, aterrizaba en posición vertical sobre el desierto rojizo.

Se abrió una puerta y del interior de la nave salió un todo terreno que comenzó a cruzar rápidamente el desierto. A bordo iban tres hombres y una mujer: el cosmobiólogo y entonces comandante del *Starbird* Ray Hamilton, que conducía el vehículo, el jefe del personal científico, Greg CarI, el jefe de seguridad Jou Stick y la doctora Sandra Robertson.

—Según los computadores de la nave, el jeep del comandante Last se encuentra, parado, a la entrada de la cueva donde un zombi nos atacó al doctor Ryan a mí —informó el joven cosmobiólogo.

—Si mi teoría es cierta allí debe estar el superviviente del planeta —comentó Sandra.

—Ah, olvidaba decírselo —dijo Raya la bella doctora—. El comandante Last también apoyaba esa teoría de que puede haber supervivientes que hayan sobrevivido gracias a refugios nucleares.

—¿Cuándo se lo dijo?

—El día en que descubrimos la cueva.

—Es posible que esa cueva sea la entrada al refugio antinuclear —opinó la joven.

—Sigo pensando que esto es una pérdida de tiempo —gruñó

Greg Carl.

Fue secundado por Jou Stick, que dijo:

—Hubiera sido mejor continuar nuestro camino de regreso a la Tierra.

Pocos minutos después estaban ante la entrada de la cueva. En aquel mismo lugar estaba el jeep todo terreno de Dan.

—Todo lo que le dimos está intacto —comentó Ray, tras examinarlo.

—Dan tiene que estar dentro —opinó Sandra, convencida.

—Según usted, esta cueva dejó de tener luz propia la última vez que estuvo aquí —indicó Ray.

—Y es cierto. Pero es posible que esta luz sea artificial y se accione mediante algún dispositivo, por procedimientos ignorados por nosotros.

—Es posible que sea así.

—Bueno, dejen de parlotear y busquemos al comandante —casi ordenó Stick.

Entraron, armados con rifles y pistolas láser y protegidos por los trajes de vacío. Llamaron durante largo rato al comandante pero, al no recibir ninguna respuesta, al final decidieron adentrarse todo lo posible en la cueva.

—Es el único sitio por el que ha podido ir — argumentó Ray.

—¿Y si nos perdemos...? —preguntó Carl.

—No tema. Llevaré un detector conectado a los circuitos del todo terreno.

.

* * *

Sintió que flotaba en un lugar donde el arriba y el abajo estaban confundidos o mezclados en una sola cosa. Estaba rodeado por formas cambiantes de indefinibles colores que parecían columnas de humo producidas por algún gigantesco cigarro.

Supo que ya no estaba en su dimensión.

—Brillante deducción —oyó tronar en su mente los ecos de cientos de voces al unísono—. Ya no estás en tu dimensión, sino en un reino de seres casi omnipotentes a los que se han llamado dioses pero no lo son, aunque están muy cerca de la perfección.

—Así que, a pesar de todo, no sois dioses...

—Nos llaman así aunque no lo seamos porque ser un dios es ser

perfecto y, aunque nosotros estamos muy cerca de ello, no lo somos. Sólo hay un dios en todas las dimensiones, aunque no sepamos su nombre. Nosotros tampoco sabemos quién es ni cómo es pero sabemos que lo es todo. Nosotros no somos más que partículas de su verdadero ser y tu universo no llegará a ocupar el tamaño de una célula para él. Imagínate. Si para vuestra concepción del espacio-tiempo vuestro universo es poco más que infinito, ¿cómo será él?

»Pero... no has venido hasta aquí sólo para hablar con nosotros sobre este terna. El motivo de tu estancia aquí tiene algo que ver con él. ¿Nos equivocamos?

—No, no os equivocáis. Word me dijo que vosotros podríais explicarme mejor que ella quién es él y el peligro que corre mi universo.

—Y no se equivocaba ya que él en un tiempo fue un «dios» como nosotros. No preguntes su nombre porque nosotros no tenemos nombre. El era como nosotros pero gustaba de habitar en la zona oscura de este universo. Allí, desde tiempo inmemorial, está almacenada toda la maldad de esta dimensión y, aunque él no era malo, esa maldad le contaminó, transformando su ser por completo. Pero, aunque la zona oscura le daba poder, también le iba matando poco a poco, así que decidió marchar a otro universo donde poder vivir.

»EI sabía que había un planeta donde nos adoraban y decidió que aquel mundo serviría de puente entre dos dimensiones, y lo devastó. Pero, para no causar el fin de todo lo que es, necesitaba forma física pues un choque entre ambas dimensiones provocaría una reacción en cadena semejante a las producidas por lo que vosotros llamáis una explosión atómica que acabaría con todas las dimensiones.

—¿Decís que un choque entre nuestros universos provocaría el fin de todo? ¿Cómo es entonces que estoy aquí y no ha sucedido nada?

—Tú no estás aquí. Tu forma física continúa en tu dimensión. Es tu alma la que se ha transportado a ésta.

* * *

—No puede ser... —dijo Ray Hamilton con un hilo de voz, mirando lo que sucedía ante él.

Una escena propia del infierno, con demonios incluidos, se

llevaba a cabo ante los sorprendidos ojos de los cuatro terrestres.

Cientos de pares de ojos se volvieron para mirarles igual que hicieron horas antes con Dan Last.

Ray vio que muchos de aquellos seres diabólicos estaban mutilados o muertos, como si un nuevo ángel de la muerte hubiera pasado entre ellos.

Los monstruos avanzaron con intenciones homicidas hacia el sorprendido grupo.

Sandra logró conservar a duras penas la serenidad y no lanzar un chillido que sólo habría conseguido aterrorizar a los demás.

—¿Qué... qué podemos hacer? —gimió, dirigiendo su mirada al pálido rostro de Ray.

—Ante todo conservar la calma. Sabemos que no son invulnerables, ya que hay muchos muertos y por tanto podremos usar los rifles LASER si se acercan demasiado.

—¿Pudo ser Dan quien causó esos estragos entre estos seres?

—Es posible.

Los repulsivos seres se movían lentamente hacia ellos y en sus ojos brillaban sus malévolas intenciones.

—Me hubiera gustado que este planeta no tuviese vida — repuso irónico Jou Stick.

—Id hacia la salida de la cueva en cuanto empecemos a disparar —ordenó Ray, apuntando hacia el agujero en la roca.

Cuatro armas fueron disparadas a la vez y cuatro monstruos cayeron muertos por el destructivo poder del láser. Pero no pararon allí. De nuevo dispararon los terrestres mientras iniciaban una rápida carrera hacia la salida.

Sin dejar de correr, Ray Hamilton volvió la cabeza y se dio cuenta de que no eran perseguidos.

—¡Demonios, esto es un desierto! —exclamó Greg, señalando al frente.

—Es evidente que por aquí ha pasado el comandante y, por tanto, seguiremos hacia delante —les animó Ray, sereno.

—Pero... no sabemos qué camino pudo tomar el comandante y ni siquiera llevamos provisiones —protestó Jou.

—Bien, entonces nosotros dos regresaremos al todo-terreno y lo traeremos aquí —propuso Ray.

—¿Y nosotros? —preguntó Sandra.

—Se quedarán aquí hasta que volvamos.

—¿Y si intentan atacamos esos bichos? — preguntó Greg.

—No creo que lo hagan pero, si me equivocase, pueden mantenerlos a raya sin demasiado esfuerzo.

—Hasta pronto pues, doctor Hamilton —se despidió Sandra.

—Llámeme sólo Ray. Eso de “doctor Hamilton” hace que me sienta viejo.

—Hasta pronto, Ray —corrigió ella, sonriendo.

—Hasta pronto, Sandra —dijo Ray, mientras emprendía el camino de regreso.

* * *

—¿Qué es aquello? —preguntó Sandra, mirando hacia las tinieblas producidas por la niebla de gases nocivos.

—¿Qué es qué? —preguntó a su vez Greg, sobresaltado.

—No me creerá pero me ha parecido ver sombras entre la niebla.

—Después de ver aquellos bichos, me lo creo todo.

—¡Dios mío, allí están!— gritó la joven doctora, apuntando a los tenebrosos jinetes de la oscuridad que habían surgido de las sombras y se acercaban al galope hacia los dos terrestres.

—¡Dispare, doctora! — gritó Greg mientras predicaba con el ejemplo. Sandra, salida de la sorpresa inicial, crispó el dedo índice sobre el gatillo de su rifle láser.

Lo mismo que horas antes hiciese Dan Last con su espada de llamas, lograron ellos con el poder del láser. Los oscuros jinetes y sus monturas cayeron, barridos por la cegadora luz.

Temiendo que el poder de aquellos dos seres aparentemente inofensivos superase con mucho al del guerrero que casi los aniquiló por completo, los jinetes de las tinieblas volvieron grupas y huyeron. Segundos después, se fundían con las sombras.

En el mismo instante se oyó un sonido bien conocido por ellos: el suave zumbido producido por el motor eléctrico de un jeep. El vehículo, dotado de pequeños propulsores que permitían su desplazamiento aéreo, se posó junto a ellos. En su interior estaban Ray Hamilton y Jou Stick.

—¿Qué sucedió? —preguntó el cosmobiólogo, mientras salía del vehículo—. Vimos desde lejos el resplandor de los disparos.

—Me temo, Ray, que en este planeta hay más vida de lo que

suponíamos.

—Nos han atacado unos seres abominables —contestó Greg.

—Los habéis derrotado, ¿no? — afirmó más que preguntó el joven.

—Nosotros sí, pero... ¿Y si Dan no lo consiguió? —preguntó esta vez Sandra.

—¿Qué quieres decir?

—Que es posible que Dan esté muerto.

* * *

—Él necesitaba un cuerpo en el que materializarse pero no podía elegir un cuerpo cualquiera. Quiere gobernar en tu universo y, por eso, necesita el cuerpo de un guerrero invencible. Así pues, cuando consiguió que aquel mundo fuese un puente entre las dimensiones, a costa de la muerte de todos sus habitantes, empezó a buscar por el infinito gracias a su enorme poder. Y te vio a ti. Tú le pareciste el guerrero adecuado. Apuesto, fuerte, inteligente y valiente, eres todo lo que él desea para sí mismo. Pero tenías que venir a este mundo puente, así que su poder, lo único suyo que puede actuar en tu dimensión, interceptó el vuelo de tu cosmonave gracias a unos humanos poseídos y os hizo pasar, a ti y a tus camaradas, a través de un agujero en el espacio que os llevó hasta aquel mundo muerto.

»Ya estabas en sus garras, así que comenzó las pruebas para que demostrases tu valor como guerrero, pero no contó con una creación suya, Word, que logró ponerte en su contra. Sin embargo, ya había logrado debilitar tu voluntad matando al ser que tú más querías:

Valery Stanford. Pero su poder se debilita con la distancia y sólo la dejó en un estado de pseudo muerte.

* * *

La luz que envolvía a Dan Last se extinguió y pudo verse el torvo rostro del guerrero, despojado del casco.

—¿Han quedado satisfechos tus deseos? — preguntó Word.

—Si lo que preguntas es si aún tengo dudas, aciertas.

—Dime cuáles son.

—La primera y más importante es: ¿Puedo salvar al universo sin condenarme yo?

—Me temo que no. Ha demostrado que su poder es demasiado grande incluso para mi — respondió la joven, mordiéndose el labio

inferior.

—En ese caso... si no hay más remedio... muera yo y sálvese el universo.

* * *

Los rayos y los truenos cruzaban los aires con ensordecedores rugidos, anunciando la presencia de él. En el suelo estaba un hombre que miraba las caprichosas formas de las nubes sabiendo que por ellas se comunicaría con él el poderoso ente que quería entrar en su dimensión.

Dan gritó, sin poder contenerse:

—¡Muestra la cara de una vez! ¡Me quieres y aquí estoy!

—Humano, tu valor es increíble —oyó al trueno articular palabras—. Intentas encolerizar a un ser que puede compararse a los dioses y casi lo consigues. Quizá lo que deseas es que te mate pero eso no lo haré jamás pues podría estropear tu cuerpo. No, no ahora que estás aquí para entregarte a mí. Eso está bien. Dice mucho en tu favor saber perder cuando estás seguro de que nada puedes contra tu enemigo.

—¡No es derrota lo que me ha impulsado a venir, pues deberías saber que yo no estaré derrotado hasta que muera!

—El cachorro continúa ladrando pero sus dientes nada pueden.

—¡Maldito seas! — rugió, colérico, mientras desenvainaba su espada—. ¡Si tuvieras forma física te atravesarla con mi acero!

—Sí, no dudo de que lo harías. Pero mi naturaleza me hace invulnerable.

—¡Pues igualemos las fuerzas! —gritó Word con una voz que se equiparaba en potencia al trueno.

Alzó las manos, apuntando a las informes nubes que había sobre ellos, y un haz de luz de potencia cegadora brotó de ellas. Durante un momento, pareció que tenía suficiente poder como para disolver las nubes. Pero no sucedió así.

—Es la última vez que te opones a mi voluntad, aunque formes parte de mí.

Un rayo de enorme potencial eléctrico cayó del cielo, alcanzando el desnudo cuerpo de Word. De su garganta brotó un espantoso grito de muerte.

Dan corrió presuroso en su ayuda, pero ya era tarde. La muerte había hecho presa en ella. Antes de cerrar los ojos, miró a Dan.

Después, murió.

—Tonto miserable —oyó Dan tronar de nuevo—. Ahora sí que has perdido de verdad a tu pareja. ¿No comprendes por qué sabía tanto de ti, y por qué te decía que la conocías mejor que nadie? Comprendo, la raza humana es ciega hasta con lo que tiene delante de sus narices. Bien, yo te lo diré. Ella, la bella Word, era VALERY STANFORD.

CAPÍTULO VII

PASARON por encima de una ciudad muerta, lo que quedaba de la ciencia y el arte de toda una civilización. Sólo ruinas. Unas ruinas que antes fueron gloriosos edificios que desafiaban la gravedad.

Llegaron, por fin, a la montaña en cuya cima estaba la luz que les servía de faro para la búsqueda del comandante Last. En esta ocasión, no salió de sus entrañas un gigante de piedra. No sucedió nada, salvo que el todo terreno se elevó en dirección hacia la fuente de luz. Minutos después, estaban ante una gigantesca calavera humana esculpida en la roca.

—Es increíble — opinó el jefe del personal científico del *Starbird*, Greg Carl.

—Los que hicieron esto eran unos escultores formidables — reconoció Sandra.

—Pensarán que soy supersticioso pero a mí no me gusta nada esa «escultura» — opinó Jou Stick.

Entraron dentro de la calavera, iluminada en su interior gracias a una singular antorcha que había en su centro. En el otro extremo de la estancia existía un agujero circular que debía llevar a alguna parte.

Viendo que no había nadie, pero convencidos de que alguien había estado allí, pasaron por el agujero hasta otra estancia ocupada por un altar de cristal. Tampoco allí había nadie.

De pronto, se oyó el retumbar de un trueno de espantosa potencia, seguido de un sonido aún más escalofriante: un grito.

Un grito de muerte salido sin duda alguna de la garganta de una mujer.

Un grito que les heló la sangre en las venas.

El primero en reaccionar fue el doctor Hamilton que, sin esperar

a los demás, corrió todo lo de prisa que pudo hacia el exterior, seguido por sus compañeros, y montaron en el todo-terreno sin que mediara palabra alguna entre ellos.

El jeep partió a toda velocidad hacia el lugar donde se podían ver los rayos de tormenta que cruzaban el cielo y del que suponían vino el grito. No habían llegado aún cuando oyeron otro, esta vez de furor y articulando palabras.

—¡Maldito! ¡Lo pagarás! ¡Juro que lo pagarás!

—¡Es la voz de Dan! — reconoció Sandra, mirando a Ray.

—¿Qué demonios ha podido ocurrir? — preguntó éste.

Cuando llegaron al lugar desde donde llegaron los gritos pudieron ver un extraño espectáculo que les dejó boquiabiertos. Un gigante fornido y con piel de bronce, con un extraño traje y casco semejante a una calavera con cuernos, sostenía entre sus poderosos brazos el cuerpo inerte de una mujer gloriosamente desnuda. La inmovilidad de la mujer sólo podía significar una cosa, corroborada por la torva expresión del guerrero: estaba muerta.

—Ese traje... es idéntico al que llevaba Ben cuando nos atacó — logró decir Ray, repuesto ya de la sorpresa.

—Dan... —gimió Sandra—. ¿Eres tú, Dan?

La figura del casco miró a los recién llegados con sus penetrantes ojos negros.

—Sandra... —murmuró.

—¡Dan! —gritó con alegría la joven.

—¿Por qué habéis regresado? —preguntó él con sequedad, depositando al mismo tiempo el cuerpo inerte de Word en el suelo.

—Tuvimos remordimientos por haberle dejado aquí —respondió Ray.

Los ojos negros de Dan chispearon iluminados por un motivo oculto.

—Llegáis en buen momento, amigos míos. Necesito que me hagáis un favor.

—Lo que tú quieras, Dan — dijo Sandra.

—Os pido que uséis todo el poder destructivo del *Starbird* contra este planeta.

—¿Algún motivo en particular? —preguntó Ray.

—He jurado venganza —fue su respuesta.

—¿Contra quién? —preguntó esta vez Greg.

—No importa. Bástete saber que tienen que destruir este planeta.

—¿Tiene algo que ver «ella»? —preguntó Sandra.

—Sí —respondió Dan, cerrando los puños.

—¿Quién era?

El rostro de Dan, tras el casco, se contrajo en un rictus de amargura. —Solo... una mujer.

—La enterraremos —dijo Ray.

—No hace falta —le detuvo Dan.

—Usted manda —se encogió de hombros el científico.

—Haremos lo que has dicho — comentó Sandra.

—Entonces, id a cumplirlo.

—Tú, ¿no vienes?

—No.

—¿Y crees que vamos a hacer lo que has ordenado, estando tú aquí?

—Así es.

—¡Jamás! —gritó Sandra.

—De todas formas, no puedo ir —se encogió de hombros el guerrero—. Tengo que arreglar un asunto.

* * *

De nuevo en el lugar que Word llamó la morada de los dioses, Dan se situó ante el altar en el que tuvo la conversación con deidades de otra dimensión.

Por alguna razón que no acertaba a adivinar, su prima y los otros tres científicos, después del rechazo inicial a dejarle en el planeta y destruirlo, habían aceptado. Era como si una voluntad ajena a las suyas les hubiese dicho que era lo mejor.

Y allí se encontraba de nuevo, con el ceño fruncido y su dura mirada fija en el altar.

Se colocó en el centro del mágico cristal y esperó en pie. No tuvo que aguardar demasiado pues al instante le envolvió una cegadora luz, transportándole de nuevo a la dimensión de los «dioses».

Vio de nuevo a su alrededor formas mutantes y nuevamente llegaron hasta él las voces de los seres que habitaban aquel universo, sonando todas a la vez y diciendo todas lo mismo.

—Vuelves a estar aquí, Dan Last. ¿Qué te trae de nuevo a este

reino?

—Word ha muerto —contestó.

—Lo sabemos. ¿Sólo por eso has venido?

—No. Os quiero dar un regalo por vuestra ayuda —silabeó mientras su cuerpo, envuelto en luz, en su dimensión, se movía cogiendo la espada que pendía de la cintura. La empuñó con fuerza y la arrojó contra el altar que pisaba. La espada se clavó totalmente en el extraño cristal, resquebrajándolo y rompiendo, al mismo tiempo, su mágico poder.

—Al fin adivinaste la verdad, cachorro —oyó de nuevo la atronadora voz de él.

—Cometiste un error que te costará caro.

—¡Un error! ¿Cuál?

—No haber matado antes a Word. Cuando murió, en cierto sentido, me contó toda la verdad.

—Así que Word lo sabía… Sabía que ella no era más que un engaño, un motivo para traerte hasta mí…

—¿No es lógico si formaba parte de ti?

—Es posible. Quizá mi error consistió tan sólo en haberle entregado el alma de Valery Stanford.

—Tal vez… Ella me amaba y el amor es más fuerte que tú.

—Tonterías. Sólo has adivinado que todo era un engaño…

—Sí. Todo eran engaños para debilitar mi voluntad.

Los dioses, por ejemplo… Tú no fuiste jamás como ellos sino el amo y señor de la zona oscura, la dimensión en que habitas.

—También habitaré en esta dimensión. Y tu cuerpo será mío.

En aquel momento, Dan sintió un agudo dolor de cabeza que amenazaba con destrozarle el cráneo.

—¡No! —gritó—. ¡No puede ser éste mi destino! ¡Debe haber algo en mí que pueda vencerte! ¡Debe haberlo!

Mientras el dolor aumentaba, en su mente se encendió una luz de esperanza.

—Mi mente… —gimió—. Eso ha de bastar para derrotarte ya que siempre intentaste debilitar mi potencia psíquica, no mi cuerpo.

Y entonces, desafiando al ya insoportable dolor, se concentró. En su mente sólo hubo un deseo: «He de vencer».

Entonces, ocurrió. De la gema plateada de su casco brotó un poderoso rayo de luz que acertó de lleno al altar. Un escalofriante

grito inhumano llenó su mente, borrando cualquier otra sensación, incluso el dolor que instantes antes estuvo a punto de matarle.

Después se desató el caos.

Toda la cueva se derrumbó. El planeta entero se llenó de grietas. Montañas y volcanes gigantescos se derrumbaron. Violentas explosiones que iluminaban el cielo con su resplandor y que formaban unas características nubes de humo en forma de seta, se sucedieron por todo el planeta.

Luego, sobrevino la explosión final que desintegró por completo todo un mundo. Y en su centro, un hombre se volatilizaba en cuestión de segundos, consumido por el furioso poder del fuego...

* * *

Despertó, sobresaltado, en su cama y con todo su cuerpo bañado en sudor. Su corazón latía alocadamente como si por un momento hubiese estado a punto de pararse.

Miró en derredor y reconoció en seguida el camarote que ocupaba en el *Starbird*. Se limpió el sudor que cubría su frente y se preguntó:

—¿Ha podido ser sólo un sueño? Me pareció tan real que hasta sentí cómo mi cuerpo era aplastado por las rocas.

Oyó el suave zumbido del intercomunicador y se dirigió hacia él. En la pantalla apareció el rostro risueño de Barry Marrow, el copiloto del *Starbird*. A Dan se le hizo un nudo en la garganta al verlo. «Calma —se dijo—. No te dejes dominar por un estúpido sueño».

—Espero no haberle molestado, señor —se excusó Barry.

—No te preocupes, muchacho —dijo, forzando mostrar una sonrisa—. Ya estaba despierto.

—Los sensores han detectado algo que le puede interesar.

—¿De qué se trata? —preguntó Dan.

—Han detectado y fotografiado la destrucción de un planeta —respondió Barry.

A Dan le dio un vuelco el corazón mientras decía:

—Ahora mismo voy.

Cuando se fueron la imagen y el sonido del intercomunicador, Dan quedó pensativo. ¿Podía ser que, después de todo, no hubiera sido un sueño?

Mientras caminaba hacia el centro de control vio a muchos de

los tripulantes que había visto morir durante su «sueño». Cuando llegó allí, Barry le informó de lo que lograron fotografiar: un planeta, casi seis veces mayor que la Tierra, en explosión.

—Cambia el rumbo y dirígete hacia allí —ordenó el comandante.

Los retrocohetes actuaron, desacelerando en casi diez minutos la marcha de la nave y, a una velocidad infinitamente más baja que la que habían llevado hasta entonces, efectuaron el viraje. Cuando, poco tiempo después, llegaron al lugar de la explosión, sólo pudieron ver pequeños asteroides alejándose a grandes velocidades. Lo único que quedaba de todo un planeta.

—Dígame, Barry… ¿Cuánto hace que salimos de la Tierra? —preguntó.

—25 horas, señor. ¿Por qué?

—No tengo reloj —se excusó.

Sin duda alguna, fue un sueño.

* * *

Dos meses más tarde, lo que Dan creía un sueño, estaba casi olvidado.

El *Starbird* regresaba a la Tierra. No llegaron a las fronteras del universo pero encontraron y bautizaron galaxias enteras y cuerpos celestes que el hombre no llegó a imaginarse.

Mientras volvían, Dan supo que continuaba amando a Valery. ¿Qué habría ocurrido con ella? ¿Seguiría en el mismo estado que la dejó o ya no quedaría ninguna esperanza?

Algunos días después, aterrizaban en una base americana tal y como predispusieron las autoridades, después de haber dado cientos de vueltas en torno a la Tierra. Sólo tardaron, en tiempo terrestre, dos meses y varios días en efectuar su largo periplo cósmico, volviendo a tiempo de ver terminar el año 2014.

Cuando pusieron pie en tierra firme, vestidos con sus trajes de vacío aún, estuvieron a punto de abordarles cientos de periodistas de todo el mundo y acosarles a preguntas pero, por fortuna para ellos, el personal de seguridad de la base los mantuvo a raya con el pretexto de posibles enfermedades contraídas durante el viaje, por lo que iban a ser confinados en un centro especial.

Al día siguiente, las televisiones de todo el mundo notificaban los resultados obtenidos por la supernave norteamericana.

* * *

Caminaba con paso lento por las calles de metal de base Florida. Ya no había en ella tanto ajetreo y alboroto como cuando la viera por última vez, por una única razón: ya era sólo una base militar y no se preparaba en ella ningún proyecto espacial. Según lo que sabia, el *Starbird II* se estaba preparando en base Columbia, lo que le causaba una gran alegría.

Sin darse cuenta se encontró delante del hospital central. Durante unos instantes, temió entrar, pero, al fin, se decidió.

—¿Me podría decir el número de la paciente Valery Stanford? —preguntó a la enfermera militar sentada tras la mesa de recepción.

La enfermera levantó la cabeza y le dijo:

—Aguarde un momento.

Cogió el auricular de un interfono y comenzó a hablar por él mientras Dan contemplaba distraído todo lo que allí había. Era totalmente de noche. Estaba convencido de que la mayoría del personal de la base estaría descansando. Sin embargo, después de salir del centro especial en que estuvo internado, él prefirió aprovechar el permiso que le habían dado para saber lo que le había ocurrido a Valery.

Luego de hacerle esperar unos momentos, la enfermera le contestó:

—Suba a la planta tres.

En el pasillo, encontró a un hombre de pelo canoso pero bien conservado, con bata blanca y ostentando la placa de doctor en su pecho, que le aguardaba, sonriente. Dan le conocía bien. Era el doctor Barrel, encargado de investigar la muerte de Valery Stanford cuando partió el *Starbird*.

—Encantado de volver a verle, comandante Last.

Veo que se encuentra en perfecto estado de salud.

—Si, doctor. Pero no es por mi salud por lo que he venido aquí.

—Lo supongo. Se trata de la teniente Stanford...

—Así es.

—Lo siento, pero se ha marchado ya.

—¿Qué? —preguntó el comandante, temiendo lo peor.

—No tema... He querido decir que se ha marchado de aquí, pero por su propio pie —aclaró el doctor.

Dan no cabía en si de gozo.

—Entonces... ¿Se ha curado? —preguntó.

—Totalmente.

—¿Qué ocurrió, de todos modos?

—Aún no lo sabemos. Lo cierto es que, al día siguiente de despegar el *Starbird*, se recuperó por completo y volvió a la vida. Dos días después, no tuvimos más remedio que darle el alta. Los especialistas piensan que pudo ser una nueva enfermedad, parecida a la catalepsia, pero la teniente parece encontrarse mejor y acude periódicamente a uno de los especialistas que investigan su caso.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—No, por desgracia. Se le concedió un permiso de medio año nada más salir del hospital. Pero supongo que en el departamento de información civil tendrán su dirección.

—Perdone, pero he de irme —se disculpó Dan.

—Lo comprendo —sonrió Barrel.

* * *

Una masa de exuberante vegetación se extendía por toda la isla, comenzando donde terminaba la playa. El calor, pese a ser el atardecer, obligó a Dan a quitarse su camisa estampada, de brillantes colores, típica de las Hawai.

En aquel rincón del mundo, respetado por el hombre por su belleza, sólo había pequeñas casitas de madera junto a la playa, cosa poco frecuente en aquella fría y deshumanizada era. De pronto, su rostro se iluminó con una sonrisa al ver una pequeña casita blanca, con el tejado rojo. Se acercó a ella y golpeó la puerta con los nudillos.

—Espere un momento... —oyó decir a una alegre voz femenina —. Me estoy vistiendo.

Dan esperó. Su corazón parecía un potro salvaje dentro de su pecho. Y, de pronto, la puerta se abrió y pudo ver en el umbral una esbelta figura de mujer envuelta en una bata, sueltos los brillantes cabellos rubios.

El rostro de la joven reflejó asombro y alegría al verle. Sus ojos se humedecieron.

—Pasa, Dan —dijo, conteniendo a duras penas su emoción—. Fuera hace mucho calor.

Dan entró sin pronunciar palabra. En el interior, notó una mejoría en la temperatura.

—Siéntate —le pidió Valery, señalando un pequeño sofá.

Obedeció. Tras un largo mutismo, durante el cual Valery preparó unas bebidas, comentó:

—Estás muy mejorada.

—Si, supongo que lo estoy — sonrió ella—. Dime… ¿Qué tal el viaje?

—Descubrimos y aprendimos muchas cosas nuevas — contestó el joven.

—Los noticiarios han dicho cosas muy interesantes.

—No creas. Todo lo hicimos con demasiada rutina.

—Me hubiera gustado ir con vosotros.

Dan se atrevió a preguntar: — ¿Qué te ocurrió?

—Ni yo misma lo sé — contestó ella—. Es todo muy confuso… Sólo recuerdo que me desvanecí, no sé por qué y…

—¿Qué?

—Tuve un sueño muy largo.

—¿Un… sueño? —se estremeció Dan.

—Si — respondió Valery, sonriendo—. Te lo contaré. Tú también salías en él.

Y se lo contó.

Dan quedó boquiabierto cuando terminó de escuchar el relato de Valery. Sus ojos estaban dilatados por el asombro… y por el miedo.

—Tú, también —logró decir, finalmente.

—¿Cómo dices? —preguntó ella.

—Que, por increíble que parezca… yo también tuve ese sueño en el *Starbird*.

—Lo sabía.

—Ahora el que no entiende soy yo.

—No me preguntes por qué pero yo sabía que a ti también te había ocurrido. Lo presentía. Es más, pienso que todo lo que nos ocurrió en ellos fue verdad. Si no… ¿Cómo pueden dos personas, separadas por millones de años-luz, tener un mismo sueño?

—Telepatía… — se limitó a decir Dan.

—No, la telepatía no lo explica todo. Pero, antes de que termine con tus dudas, dime… ¿Sigues amándome?:—preguntó, mientras se acercaba a él y le miraba a los ojos.

—Creí morir cuando pensé que te había perdido… — respondió, cogiendo los hombros de la joven—. Y los dos meses en el *Starbird*

no lograron que dejase de pensar en ti, en ningún momento. La respuesta es: sí, te amo más que nunca.

Se fundieron en un largo y apasionado beso.

—He de enseñarte algo —dijo Valery, separándose de él y metiéndose en una habitación.

Tardó algún tiempo en salir. En sus manos llevaba un pequeño bulto envuelto en papeles. Cuando llegó junto a él, lo desenvolvió, mientras decía:

—Estaba al lado de mi cama cuando desperté después de mi «muerte».

Y cuando terminó de desenvolverlo, Dan pudo ver bien el objeto que Valery tema en las manos. Por segunda vez en aquel día, sus ojos se agrandaron por el miedo a lo desconocido, a una realidad estremecedora.

Era un casco. Pero un casco muy singular, como dejaba bien claro su parecido con un cráneo humano y los dos grandes cuernos de los lados. En la frente, brillaba una gema plateada.

FIN